



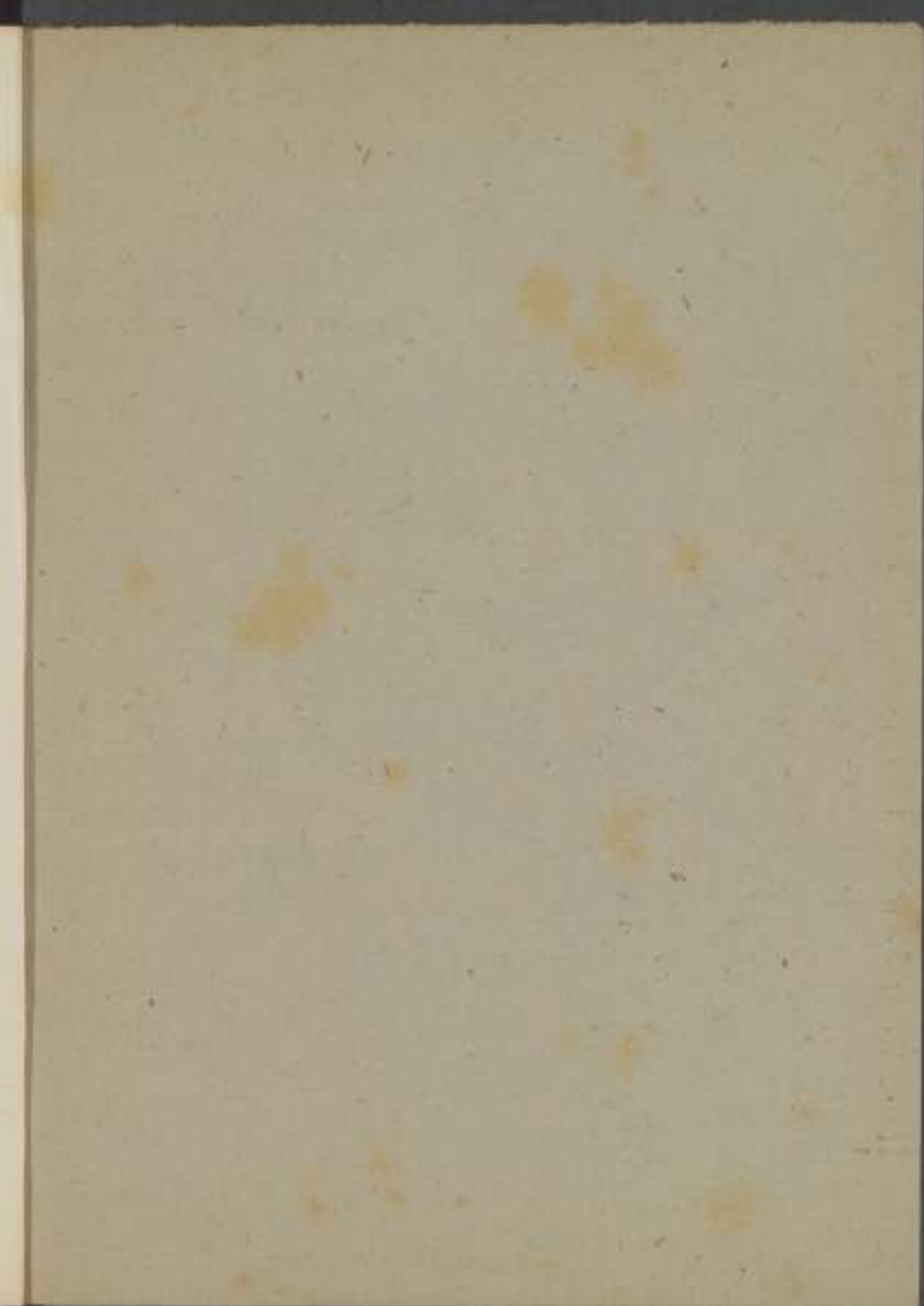
VUELTO aquella MUJER

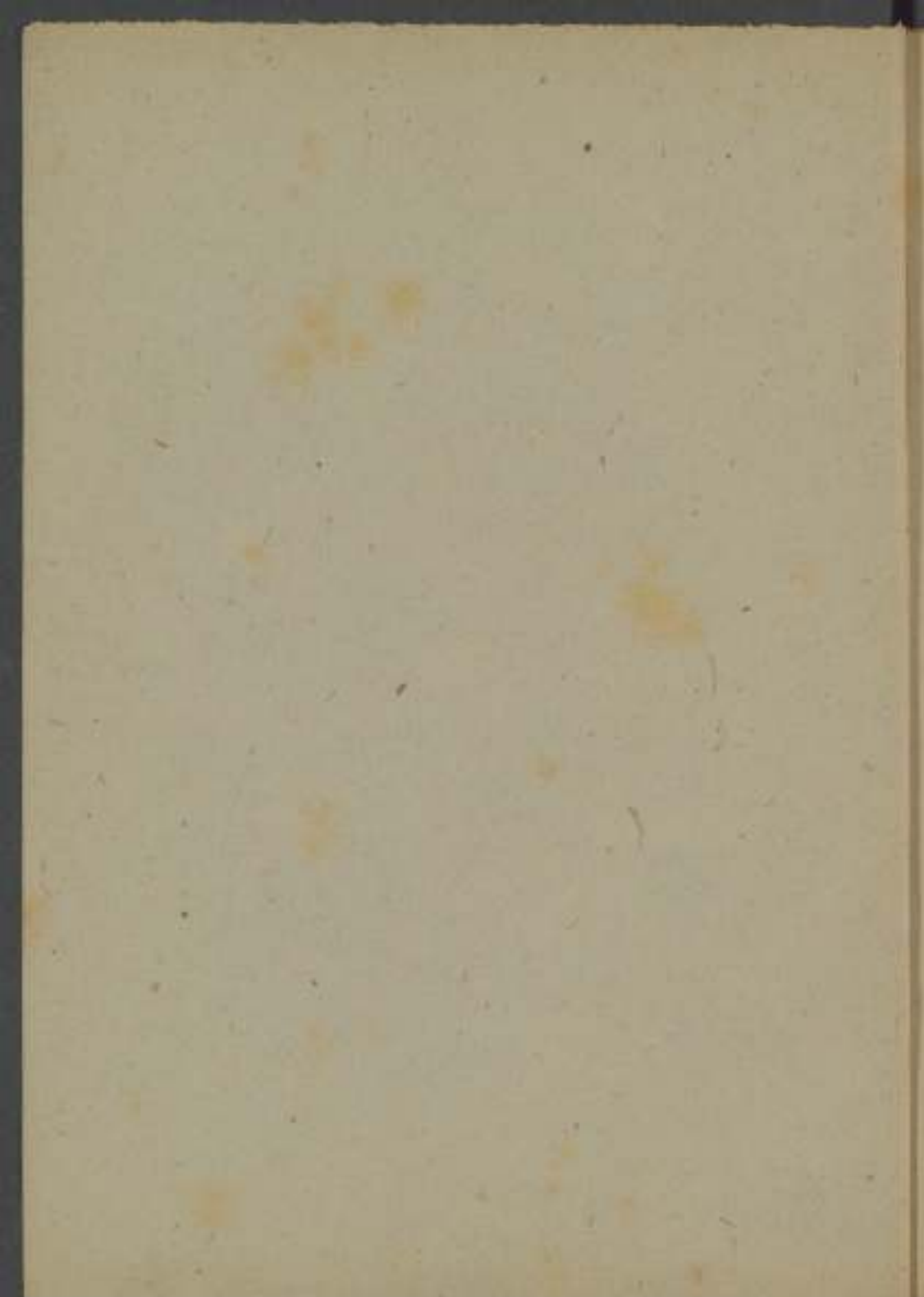
HA



Melvyn
DOUGLAS
Virginia
BRUCE







HA VUELTO AQUELLA MUJER

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

Pasaje de la Paz, 10 bis -- Teléfono 18841 -- Barcelona

HA VUELTO AQUELLA MUJER

Comedia de intriga, según guión de Philip G. Epstein,
James Edward Grant, Ken Englund

Director

ALEXANDER HALL

Es un film

COLUMBIA

Distribuido por

COLUMBIA FILMS

PRINCIPALES INTERPRETES

Melvyn Douglas

Virginia Bruce

Margaret Lindsay - Stanley Ridges - Gordon Oliver - Tom Dugan

Don Beddoe - Jonathan Hale - Pierre Wathin - Paul Harvey

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

Ha vuelto aquella mujer

ARGUMENTO DE LA PELICULA

CAPITULO PRIMERO

LA ACTIVIDAD DE LA SEÑORA REARDON

Era en Nueva York, de mañana y en el dormitorio del matrimonio Reardon, dueños de una Agencia de detectives particulares, que, con mayor o menor soltura, resolvía todas los misterios que le eran encomendados. Sally se incorporó de un salto y empleó parte de sus cualidades detectivescas en descubrir que era el despertador lo que sonaba con tanto estrépito.

Detuvo los enérgicos timbrazos y se apartó los rubios cabellos del rostro, sintiendo el áspero contacto de algo que llevaba anudado al dedo índice de su mano derecha: un cordelito destinado a recordarle una cosa importante, de la que no se acordaba en absoluto.

—¿Qué cosa más extraña!... No puedo acordarme—gimió.

Y volviéndose a su esposo, al que las adivanas convertían en un largo e informe bulto, le animó a que refrescara su memoria con tan escaso éxito como el despertador, pues Bill seguía obstinadamente dormido. Kalaruñada por su resistencia a percibir los más dispares sonidos, corrió a él y le sacudió.

—Bill... Bill... ¡Vamos, Bill! Despierta, cariño—y en cuanto lo hubo conseguido, le espeló—: ¿A que no sabes lo que intentaba recordar?

—¿Me han llamado de la oficina?—supuso, con los ojos cargados de sueño.

La contestación de Sally fué acompañada de sus movimientos para recoger las ropas que el desordenado matrimonio había esparcido por el dormitorio antes de acostarse:

—¿Llamó alguien, pero no crea que tuviese importancia, porque ya he olvidado quién era. Y si hubiese sido importante lo recordaría, ¿no es verdad?

La dudosa afirmación de Bill fué despreciada. Sally había encontrado en los bolsillos de la americana de su marido un par de broches de diamantes, que se puso, con la alegría y seguridad de esposa muy mimada, diciendo:

—¡Oh, «Bill»! ¡Qué bueno eres!... ¡Cuánto te lo agradezco!

—Sally, créeme que lo siento por ti... Esta es la prueba... Parece que hayas olvidado que todavía me ocupo del robo de la joyería... Dame, no te los pongas...

—¡Oh, Bill! ¡Estos no son para mí?—gimoteó, obedeciéndole.

—Sí, perdóname, pequeña. Uno de estos días te compraré un brillante que te va a volver aún más loca de lo que eres...

—¡Oh, Bill!... Ya sé que lo harás—le agradeció—. Y ahora, ordénale el mejor detective de Nueva York cómo desea el desayuno. ¿Huevos pasados, revueltos o fritos?

—Si lo único que sabes hacer es freírlos...

—Claro, es que quería darte importancia. Y ahora, ¡arriba!—ordenó tirando de las sábanas—. Los prepararé en un segundo.

—No tanto—gruñó, arrebujándose en ellas, Bill—. Iré en cuanto huela que se queman las tostadas.

El escepticismo de Bill sobre las habilidades culinarias de Sally era justifi-

cado, y ambos cumplieron la promesa. La joven quemó las tostadas y él, completamente vestido y envuelto en una bata, apareció en el comedor, dirigiéndose a la mesa con manifiesta voracidad.

—No serás la mejor cocinera de Nueva York, pero sí la más bonita...

—Y tú no serás el detective más guapo de Nueva York, pero eres el más listo...

—Y pronto seré el mejor detective, pero sin trabajo...

Las tostadas eran una masa compacta y carbonizada. La fuerza de la costumbre lo hizo sustituir el pan sin una protesta. Sally le presentó un huevo pasado por agua y puso unas bandejas tapadas sobre la mesa, con el orgullo de una perfecta ama de casa.

—No tengas miedo, Bill. No puedes quedarte sin trabajo, siendo tú el jefe.

—Es que si pasan muchos días sin que logre detener a esos ladrones, la casa aseguradora entregará el caso a otra agencia. El viejo Stone no seguirá manteniéndome. Desde el caso Fraser, es el único cliente que tengo. Si lo pierdo nos quedamos en la calle.

Sally recogió las tostadas quemadas y las depositó en el montacargas de los desperdicios, advirtiéndole que todavía lo ocupaban los del día anterior. No obstante, el contratiempo no la turbó hasta el punto de impedir que desarrollase la siguiente luminosa teoría:

—Pura mí, el caso de estas joyas es bien feo. Lo único que falta es encontrar al ladrón.

—¡Pero qué coincidencia!... Te ase-

guro que he tenido igual idea que tú hace pocos segundos...—se burló Bill.

La aprobación de su esposo la animó a telefonar al conserje notificándole el descuido del montacargas. Precisamente entonces el viejo Stone, como le llamaban irreverentemente los Reardon, penetraba en la oficina de la Agencia y montó en cólera al avisarle la secretaria de que el jefe aun no había llegado.

—Cuando yo digo a las nueve, debe ser a las nueve. ¿O es que le es imposible ser una vez puntual?—rugió Stone.—¿Cuál es su número? Le aseguro que me gustaría ir a despertarle yo mismo.

El telefonista le comunicó que la línea de Reardon estaba ocupada, provocando un bufido de Stone, cuya energía no tenía nada de senil, en contra de lo que proclamaba el par de detectives.

—Y a mí qué me importa! ¡Ocupada o no, necesito hablarle!

Apabullado, el telefonista obedeció sus órdenes. Sonó el teléfono del comedor de Sally y de Bill y éste indicó el aparato a su esposa. En cuanto ésta cogió el teléfono, comprobó su marido que la tortilla hacía la competencia a la hulla.

—Ah, sí, el conserje!—exclamó Sally, esquivando sus miradas.—Oiga, ¿no sabe usted qué hora es?

La precipitación de Stone causó el equívoco. Sally le tomó por el conserje y en pago recibió un tremendo resoplido.

—Claro que lo sé. Son ya las nueve.

—Si y digamos qué es lo que hacía usted a las nueve—gritó Sally.

—¿Cómo?... ¡Lo que yo debía hacer a las nueve!

—No repita usted todo lo que le digo—y dijo a Bill:—Se está burlando de mí.

—No estamos tan atrasados en el pago del alquiler—aconsejó Bill.—No debes permitirselo.

—Voy a dar parte al Departamento de Sanidad, por no haber retirado la basura—comunicó Sally.

—¿La basura? Oiga, ¿pero de qué está usted hablando?—aulló cercano a la apoplejía Stone.—Usted... ¡usted está loca!

—Bill, ¡ahora está insultándome!... Ahora verá, un momento, mi esposo va a decirle algo—aseguró, traspasando el teléfono a Bill.

—¿Y qué quieres que yo le diga?—se excusó éste.

—¡Oh, dile que...! Yo creo que deberías enseñarle a respetar a tu mujer.

Así lo hizo, aunque de mala gana. Se enardeció a medida que hablaba.

—Oiga usted, imbécil! ¿Es que no puedo retirar la basura sin tantos argumentos? Estamos hartos de discutir, ¿comprende?... ¿Cómo?... ¿Quién es usted?

Sally perdidó, con gran quebranto de su confianza, que Bill palidecía mientras que su invisible interlocutor gramaba al otro extremo de la línea. De repente, murmuró el nombre de Stone, y Sally se acatizó el dedo en

el que ya no llevaba el cordelito recordatorio.

—¡Stone!... Ahora recuerdo lo que había olvidado. Tienes una cita muy importante con el señor Stone en la oficina, a las nueve.

—Sí, señor. En la tienda Nacur — concretó Bill, con la bilis licotándole por los ojos —. Ahora voy. Sí, cinco minutos.

Colgó el aparato y avanzó hacia su esposa, que en vano intentaba distraerle ofreciéndole más alimentos y que, en vista de su fracaso, retrocedió alarmada.

—He tomado una determinación. ¡Te voy a asesinar! — dijo, crispando las manos —. ¡Sally, ha llegado tu hora!

—No, Bill, eso no... — gimió, entrando en el dormitorio perseguida por su esposo.

—No hay salvación para ti...

—Tú prometiste quererme toda la vida cuando nos casamos...

Sally estaba apoyada en el tocador, sin escape posible. Bill, próximo a ella, caminaba lentamente, seguro de su presa: cuyos ojos se desorbitaban, mientras se acercaba al cuello, al oír las palabras de su consorte.

—Hasta que la muerte nos separa... y ha llegado el momento.

—Bill... ¡Oh, Bill! —le distrajo—. ¡Es tarde! Mira que Stone se enfadará!

—¡Oh, qué lástima! Tengo que irme en seguida.

Se puso la americana precipitadamente. Sally sintió que las piernas aun la temblaban, cuando pasó junto a ella sin mirarla y, es más, cuando tornó al dormitorio, asegurando:

—¡Esto no supone que abandone la idea de estrangularte!

Se apresuró a marcharse y Sally pensó que estaba realmente enfadado desde el momento en que no le daba un beso de despedida.

—Sí, en cuanto tenga un momento libre... ¡Oh, Bill! —le llamó, ofreciéndole la mejilla.

—Una mujer en capilla merece esa gracia —aseveró, besándola—. ¡Adiós!

Y para continuar con su arranque de humor, no volvió sobre sus pasos, pese a los insistentes ruegos de Sally de que lo hiciera, cometiendo un error fundamental, pues su esposa recordó a última hora que partía sin las pruebas del robo de la joyería.

En el despacho de la gerencia de la joyería Nacelle, se encontraban Stone, Davis, socio de la firma, de pelo entrecano y distinguido, y la señora Nacelle, propietaria del establecimiento, joven, hermosa y elegante mujer, sosteniendo una conversación que ponía al borde de la quiebra la economía del matrimonio Beardon.

—No lo entiendo. Llevamos quince robos seguidos, y cada vez se contentan con robar una sola joya—se irritó Stone—. ¿Cree usted que no basta para que Beardon tenga una pista y la siga?

—No veo el motivo para seguir discutiendo eso. Si no está usted satisfecho con su trabajo, puede cambiar. Puede ir a otra Agencia—dijo Davis.

—Yo, francamente, no cambiaría. Buenos días.

Era Bill, que habiendo oído el consejo de Davis, penetró rápidamente en el despacho para tapar cualquier resquicio que se produjera en el dique de la confianza en él depositada. La señora Nacelle le sonrió; los demás le observaron con marcada escepticismo.

—Pues deme un motivo para no prescindir de usted—recomendó Stone.

—Sí... ¡Ya encontré al ladrón!

Diciendo esto, se sentó tranquilamen-

te, mientras sus tres clientes proferían una exclamación acorde con sus respectivos temperamentos. Así que el hombre fué dominado, Stone inquirió:

—¿Y quién es?

—Se llama Crenshaw y está empleado aquí, en la tienda.

—¿Crenshaw? ¿Carlos Crenshaw? ¡Oh, no le diré en serio! Conozco a su familia hace años—objetó al instante la señora Nacelle.

—No pretendo acusar a su familia—respondió Bill.

—¿Crenshaw?—murmuró, pensativo, Davis—. Nunca pensé en esa posibilidad, aunque es uno de los tres empleados que tienen acceso a la caja fuerte.

—Ego no quiere decir, naturalmente...—intervino la dama.

—No, claro que no...—convino Bill.

—Pero su tren de vida es superior a sus ingresos. Si, gasta doscientos dólares semanales y gana solamente cincuenta.

—Eso no prueba nada...—replicó Stone.

—No, pero esto sí... Anoche hice un registro en su departamento y encontré dos broches de brillantes que...

Se detuvo y disimuladamente se palpó los bolsillos de la americana y del chaleco, en el que luego metió los de-

dos. Se había olvidado los broches en su casa. Ocultó su contrariedad y resanó la conversación procurando dar un tono normal a su voz, aunque seguía buscando las joyas:

—...Que, claro está, no llevo encima en este momento... por precaución... ¿comprende?

—Sí—contestó Stone—. ¿Y por qué no le detuvo? ¿Dónde está? ¿Está aquí?

—Todavía no... Avisó que llegaría tarde...—notificó Davis.

La sospecha creció en el interior de cada uno de los personajes, que se habían puesto en pie. Bill cogió de un brazo a Stone, que corría hacia la salida gritando:

—Se habrá escapado...

—No, oiga, Stone, déjame arreglar esto a mi solo. Quiero aclarar este enredo desde el principio al final. Tengo usted confianza en mí. ¿Quiere concederme unos días?

—De acuerdo, pero tiene que hacerlo muy rápidamente. ¿comprende? Hay que obtener un resultado muy pronto.

—Seré escueto, señores, la Agencia Reardon resolverá este caso aunque sea el último... ¡si me deja mi mujer!

Esta postrer aclaración, que fue más anhelo, lo prohibió ya en la joyería,

fuera del alcance del oído de sus clientes. Cercano a la salida, Bill fue detenido por la señora Nacelle, que le condujo hacia una vitrina, preguntando en voz alta:

—¿Cree usted que le gustaría este collar a su esposa? Es una maravilla.

Hizo rutilar ante sus ojos un bellissimo collar de diamantes. Bill miró consecutivas veces a la dama y a la joya e iba a responder con un exabrupto, cuando aquella agregó en un murmullo veloz e inteligible:

—Tengo que hablar con usted, pero no en presencia de Davis. ¿Quiere que comamos en el Club 36?

—Está bien. A las doce y media—aceptó Bill, diciendo luego, perceptiblemente—: ¿Y cuánto vale ese collar?

—Tres mil quinientos.

—No, gracias... ¿Puedo ahorrarla por unos dólares?

También le hubiera dado qué pensar a Bill, por su mala conducta misteriosa a conducta misteriosa, si hubiera podido presenciar la conversación que Davis sostuvo con un hombre, al que finalmente dijo, señalando a la señora Nacelle:

—Ya sabe lo que hay que hacer.

—¡Sí!—contestó el sujeto escuetamente.



La secretaria de Reardon intentaba contener a uno de los escasos clientes de la Agencia, que, impaciente, miraba frecuentemente a su reloj, paseándose por la antecala. La Providencia quiso que en el momento de marcharse, el joven tropezase con Sally, y antes de que se apercibiese, la dinámica esposa de Bill le hizo pasar al despacho de este último, desoyendo sus protestas.

—Haga el favor de sentarse—le rogó, quitándose el abrigo y el sombrero—. Dígame una cosa. Yo le prometo que lo que usted me diga no saldrá de aquí. Sus secretos serán sagrados para la Agencia Reardon. Y ahora expóngame usted su caso.

La actividad y energía de Sally, decidida a deslumbrar a su amado Bill con su buena disposición para el negocio, no tuvieron eco en el visitante, el cual, asombrado de la profesión que había escogido aquella bella y tempestuosa joven, la contemplaba con comprensible recelo.

—¿Trabaja en esta compañía...? ¿Es usted... es usted detective?

—¿Recuerda el caso Fraser? Aquello se descubrió gracias a mí. Tranquilícese. Díga usted, ¿en qué puedo servirle?

La práctica mirada de Sally recorrió a su apuesto visitante, joven y, al parecer, muy agitado.

—Está bien, entonces dígame usted, señorita...

—Puede usted llamarme número nueve—afirmó—. Cada uno de nosotros tiene un número, igual que los clientes. Si la Agencia decide aceptar su caso, su número de referencia será... veamos...

Abrió un cajón. Sally tenía una idea muy vaga de la profesión de su marido, a la que suponía rodeada de noveladas y misterios, de aquí que tropezase con el número de una póliza de seguros y lo aceptase sin vacilación.

—...1.655 G.—terminó, cerrando el cajón—. Y ahora puede usted explicármelo todo. ¿Ve usted? Estamos solos.

—Me llamo Crenshaw, Carlos Crenshaw. Trabajo en una joyería de la Quinta Avenida... Estoy seguro de que alguien sigue mis pasos desde hace días...

—¡Oh, muy sospechoso!... ¿Y quién le persigue?

—No lo sé—replicó, estupefacto por la pregunta.

—Persecución por uno o varios de-

conocidos. Siga usted...—le rogó Sally tomando unas notas en su bloc.

—Aúnche, mi departamento fué registrado...

—¡Oh, sospechoso!... ¿Y quién fué?

—No lo sé. Yo había salido, claro.

—Su caso se presenta difícil...

—No comprendo quién pueda preocuparse por mí de ese modo. Es lo que quiero que descubran ustedes. Sólo quiero saber su nombre. ¡Ya no aguanto más!

Sally ya tenía bastantes datos para estar segura de que no resolvería nada prolongando la entrevista, peligrosa por otra parte, dado que Bill podía regresar de un momento a otro y estropearle su triunfo. Púsose, pues, en pie, y Crenshaw quiso hacer otro tanto.

—Tranquilecese, 1.655 G... La Agencia Reardon se lo resolverá... Pueda irse tranquilo. ¿Desa pagar algo ahora?

Crenshaw sacó la cartera y contó unos cuantos billetes, que colocó en la mano de la alborozada Sally. Inmediatamente, la joven le impidió amablemente hacia la puerta, fanfarroneando su triunfo delante de la secretaria.

—No se preocupe. Tenga plena confianza en nosotros y piense usted que el sol no se pone para muchos de nuestros agentes.

—Gracias —murmuró, agradecido de su entusiasmo.

—Usted lo pase bien...

Muy ufana, giró sobre los altos tacones de sus zapatos y se encaró con la secretaria, blandiendo los billetes que había arrancado a su cliente.

—Parece que los negocios prosperan, ¿verdad?—comentó.

Rióse la secretaria, consolada por la presencia del dinero. Sonó el timbre del teléfono. Era Bill, que comunicaba desde la cabina del Club 35.

—Dígame, señorita, ¿preguntó alguien por mí?

—No, nadie ha preguntado por usted, pero...

La envanecida Sally le arrancó el teléfono de las manos, con la intención de dar un buen rapapolvo a su marido sobre la ética y la educación comercial.

—Déjeme hablarle... Oye, ¿por qué no pones más cuidado en tus asuntos? Supongo que vienes algún cliente...

Entendió la secretaria que la anterior entrevista de Sally había de ser silenciosa. En cuanto a Bill, se le puso la carne de gallina al saber a su mujer en la oficina. Aunque, sin embargo, su voz fué melosa.

—¡Oh!... Siempre he admirado tu gran imaginación... Pero, oye, di, ¿qué estás haciendo ahora en mi oficina?

—¡Sí, eh? ¿De qué te sirve encontrar pruebas, si te las olvidas? He venido para traerte los broches. Anda, confiesa, ¿qué harías tú sin mi ayuda?

Bill procuró, en un segundo de amor matrimonial, no pensarlo.

—Me guardaré mucho de confesar lo que haría en semejante caso. Y ahora, escucha. No molestes más a mis clientes, si es cierto que hay alguno.

Sally contempló los billetes.

—¡Invítame a comer y te diré un secreto, ¿quieres?

—No, lo siento. No, Sally, me he ci-

tado en el Club 35 con un cliente...
¡Oh, pues con la señora Nacelle, la dueña de la joyería!

Sally frunció el entrecejo, disgustada de su supuesta infidelidad.

—No quiero conocer tus actividades. Dime, ¿cómo es?

—No te preocupes. Casi podría ser mi madre—sonrió Bill.

La presencia de la hermosa dama junto a la cabina telefónica, apresuró el final de la conversación, que, por otra parte, entraba en el terreno peligroso, como había sabido el detective.

—Adiós, tormento, hasta la noche—concluyó, cortando la comunicación.

Sally, desalentada de sus más caras esperanzas, colgó el aparato muy pensativa, digeriendo los datos dados por Bill. De pronto, empezó a contar apresuradamente con los dedos.

—¿Cómo que podría ser su madre...? Su madre se casó a los quince...

Y siguió la cuenta, comparando las edades de madre e hijo. La suma o diferencia consiguiente no debió ser muy tranquilizadora, porque penetró a marchas forzadas en el despacho de Bill a recuperar su abrigo y su sombrero...

CAPÍTULO II

EL 1.655 Y EL AGENTE NUMERO 9

Enpezado el almuerzo, no tardó en enterarse Bill del motivo que había inducido a la señora Nacelle a solapar la cita, puesto que la dama volutariamente lo relató a las primeras de cambio.

—Resulta que Davis tenía parte en el primer negocio de mi marido y, luego, al decidirme yo a llevarlo, mi marido compró su parte, cambiando el nombre por el de Nacelle y nombrándole gerente. Le pagamos su participación en el negocio, pero le molesta mucho haber dejado de ser propietario.

—Pues creo que debiera estarles agradecido todavía — comentó Bill.

Esa velada alusión a los perjuicios causados por el robo, les hizo refr, y Bill prosiguió atendiendo con los cinco sentados a las explicaciones de la señora Nacelle.

—No es así. Es natural que yo no pueda acusarle concretamente, aunque estoy segura de que no es ajeno a esto. Cada cosa que roba el ladrón y la vende... No sé; hay algo en su actitud que me hace sospechar aunque no quiera. Y cuando usted mencionó a Crenshaw, pareció muy satisfecho. ¿no se dio cuenta?

—Sí—contestó Bill.

En realidad, estaba preocupado. Naturalmente, la señora Nacelle le hacía un gran favor con narrarle aquella historia, aumentada con sus sospechas, pero también, ¿qué interés podía tener en ello? ¿Por qué había callado hasta entonces aquellos indicios de capital importancia?

Mientras Bill repartía su interés entre estas preguntas, las manjares que tenía delante y la conversación con la señora, Sally se presentó en el Club, atisbó la sala hasta dar con la mesa de su esposo y encaróse con el mayor-domo.

—¿Desea la señora una mesa?

—Sí, una mesa donde poder escribir.

El mayordomo la condujo hasta un escritorio retirado y Sally, tras de lanzar una mirada en dirección de los comensales, movió ágilmente la pluma sobre el papel.

Ajeno a la tormenta que se suscitaba sobre la serenidad de su alma, Bill hizo a la señora Nacelle una pregunta que le estaba quemando los labios desde hacía unos segundos:

—Dígame, ¿cómo se explica usted la

presencia de esas joyas en casa de Crenshaw, si no es culpable?

—Tal vez las tuvieras para una venta particular, ¿no cree?

Era dudoso, pero prefirió no decirlo.

—¿Y si lo detuviésemos para tratar de hacerle confesar?

—Sí, puede ser.

Sally intervino entonces. Con un sobre en la mano, cruzó la sala y golpeó con el canto del papel en el hombro de Bill, que casi se desmayó de disgusto al verla.

—Tome usted, jefe. Creo que debe ser algo urgente. No le importa esta interrupción, ¿verdad, señora?

—No, claro que no.

Bill rasgó el sobre y la carta vengó la mentira sobre la edad de la señora Nacelle, pues rezaba: «¡Casi podría ser mi madre!... Pero si yo robé su cuna...» Se atragantó y ya era tarde para despedir a Sally, que aprovechó su consternación para rogarle:

—¿No quiere presentarme, querido jefe?

—Señora Nacelle, ¿no conocía usted a mi esposa?

Las dos mujeres se saludaron con una sonrisa ambigua, característicamente femenina y Sally, despreciando las muecas cooperatorias, se sentó. Ollisqueó una copa y exclamó:

—¡Oh, un «Sidecar», mi combinado favorito!

—Es un «Martini» —le aclaró Bill con severidad.

—¡Qué lástima! Bueno, lo tomaré pensando que es un «Sidecar».

—Sally, te agradezco mucho tu com-

pañía, pero la señora Nacelle y yo tenemos que huir y seguramente te aburrirás.

—¡Oh, no, Bill!...—y comunicó a la dama—: Trabajé con él en el caso Fraser. La condenaron a treinta años.

Pero la señora Nacelle no se impresionó por la suerte corrida por los clientes de la Agencia y atendió a lo que Bill le decía:

—He pensado que es muy posible que Davis y Crenshaw trabajen juntos en este asunto.

Sally, al oír el nombre del generoso cliente de la mañana, dió un respingo, comenzó a entender que se había metido en camisa de once varas y cortó la charla con un:

—¿Has dicho Crenshaw?—y se encoró con la señora Nacelle—: ¿Su tienda está en la Quinta Avenida?

—Sí, eso es...

—¿Y ese señor Crenshaw trabaja allí?—recibiendo una contestación afirmativa, aseguró con precipitación—: Crenshaw no tiene nada que ver con esos robos... No seas ridículo... A veces dices unas tonterías...

Entonces se percató de que había equivocado el camino. Su esposo y la señora Nacelle, extrañados del ardor con que tomaba la defensa de un desconocido, la contemplaron con fijeza, mientras el primero lo espetaba:

—Oye, ¿qué sabes tú referente a ese señor Crenshaw?

—Yo siempre he dicho que los hombres son inocentes, ¿no le parece? —tartamudeó, preguntando a la dama.

—Dime, ¿qué sabes tú de ese señor

Grenshaw? — Insistió Bill, más y más alarmado.

— Nada... Yo no conozco a esa persona, pero creo que un chico tan simpático no puede ser un ladrón... — objetó acalorada de lo que ella misma decía.

— ¿Y quién te ha dicho que es un chico simpático? — atacó Bill.

— ¡Oh, pues no sé...! Pero llamándose Grenshaw... el nombre de Grenshaw tiene que ser sinónimo de algo simpático...

Afortunadamente, un camarero vino en su auxilio, ofreciéndoles unos pasteles. Sally experimentó unos tremendos deseos de vengarse del mal rudo que pasaba... Grenshaw era su cliente y lo defendería a todo trance. Además, Bill comería uno de aquellos pasteles de chocolate, por la sencilla razón de que los detestaba.

— ¡Oh, lo que le gustan a Bill! Le vuelven loco los pasteles de chocolate.

— No, gracias — rehusó él, depositándolo en la bandeja del camarero.

— ¡Ve usted qué tanto! Siempre está preocupado porque aumenta de peso... Otros hombres, a la edad de él, tienen mucho más estómago... ¡Mire qué buen tipo! Ha visto usted...

Volvió a tomar el pastel de la bandeja y lo rechazó malhumorado su esposa. Repitió el gesto de depositarlo en el plato y, finalmente, gritando como un endemoniado, Bill lo estrujó entre sus dedos y, convertido en una masa informe, lo lanzó contra el camarero, mientras Sally ya desistía de sus propósitos.

— Perdóneme, señora, pero voy a te-

ner que cargarlo en la cuenta—advirtió el camarero.

— No veo el motivo. Ha quedado como nuevo.

La discusión despertaba la hilaridad de los ocupantes del Club, que seguían alegremente sus incidencias. La señora Nacelle y Bill irradiaban malestar; éste, desesperado, gritó con toda su alma:

— No se preocupe; no importa. Lo pagaremos. ¡Ya empiezo a tener ganas de él, se lo aseguro!

— Sí, y además estas escenas en el restaurante son violentísimas... — corroboró la causante del escándalo.

— Eso — terminó Bill.

El detective se excusó con la dama, cogió a Sally de un brazo y la condujo hacia la salida. Su esposa gimoteaba, cuando pasaron delante del bar. Todas las cabezas seguían su avance hacia la salida, una vez en la cual la expulsada protestó:

— Te aseguro que cometes una equivocación muy grande.

— ¡La equivocación la comen hace años!... — aulló él.

— Ya lo sé, pero se trata de Grenshaw...

— Sally, si no te marchas tú, me voy yo, y si me voy yo, se ofenderá la señora Nacelle, y si se ofende la señora Nacelle... ¿Has comprendido lo que quiero decir? — preguntó, interrumpiendo la cadena de razonamientos.

Al ver la pavorosa muchacha que acompañaba a su lógica, Sally se decidió por la retirada, amortiguando las futuras represalias con mimoso cariño.

— ¡Oh, Bill...! ¡Billito! ¿Quieres per-

donarme? ¡Seré buena de ahora en adelante!

—No te perdono. ¡No quiero! — exclamó con la faz hosca.

—Entonces te perdono yo a ti... —y poniéndose de puntillas, le besó: — Para que aprendas tú a perdonarme.

Bill esperó, antes de regresar a la mesa de la señora Nacelle, a que la puerta se cerrase detrás de ella. Tranquilizado en este respecto, sentóse de nuevo.

Ahora bien, Sally, que, si no era muy inteligente, era por lo menos tenaz, suponiendo que tramaba una conspiración contra la libertad de Crenshaw, se dispuso a defenderle a ultranza. Subrepticamente penetró en el Club 35 y se encerró en una cabina telefónica, en donde buscó un número en la guía.

Crenshaw estaba despachando a unos clientes de la joyería. Un empleado de ínfima categoría le llamó discretamente, indicándole el teléfono.

—Diga—rogó el joven.

La voz de Sally le indujo a mirar en torno suyo, pues resonaba castela y misterio en voces enormes.

—Oiga, ¿1.655 G?.. Le habla el número nueve... No diga nada; sólo escuche... La cosa está mal, pero tranca calma... No hable usted... Nos encontraremos en...

Desconocía Sally que las habilidades detectivescas de su esposo no eran únicamente una teoría o un motivo de alianza conyugal. Dos hombres de pulcra y un policía uniformado habían interferido la línea telefónica de la joye-

ría y escucharon, después de lanzar una exclamación de contento, la asustada respuesta de Crenshaw.

—¡Salir ahora!... ¡Pero yo no puedo salir hasta más tarde!... ¡Sospecharían de mí!...

En efecto, esto último encandiló los ojos de los que espían, pues confirmaba que Crenshaw tenía algo que ocultar. El principal auxiliar de Bill, Flanigan, asustado por su arraigado instinto de sabueso, apartó el oído del auricular y dijo a sus dos interlocutores:

—Debe ser su cómplice... Oigan, quédense aquí y estén preparados. Avisaré a Reardon en seguida.

Mientras Flanigan partía como un relámpago en dirección del Club 35, Sally completaba las órdenes secretas.

—Diga solamente que es 1.655 G... Todo se podrá aclarar. Adiós.

Crenshaw se las ingenió para escaparse de la joyería antes de la hora de cerrar y acudir al lugar de la cita. Imaginó que estaba haciendo un ridículo rotundo, pues cruzó el umbral y se encaminó hacia el mostrador de recepción de... un instituto de belleza femenina.

Una empleada le sonrió amablemente, con lo cual aumentaron sus litibecor. Por fin, determinóse a arreartrarlo lo grotesco y tartamudeó a la joven:

—Desearía hablar con una señora.

—¿Cómo se llama usted?

Crenshaw hizo girar apurado el sombrero entre sus dedos, carraspeó, tosió...

—Es que... no es un nombre así...

Se detuvo, pero la evidente simpatía

de la linda joven le enardecíó postre-
ramente y logró articular:

—1.655 G...

—¡Oh, sí!... Tenga la bondad...

Salió del mostrador y le hizo atra-
vesar un dédalo de pasillos, detenién-
dose ante la puerta de una cabina. Sa-
lly estaba en el interior en manos de
una peluquera. Era necesario suponer
que era Sally, pues una mascarilla de
cera negra revocaba sus facciones, dis-
franzándolas.

—Este caballero ha llegado—dijo la
empleada.

Sally hizo girar el sillón y de sus la-
bios, inmovilizados por la cera, brotó
su voz con dificultad, pero enérgica, re-
ñiéndose a la peluquera:

—¿Quiere dejarnos un momento so-
los?

Las serviciales empleadas desapare-
cieron, indicando a Crenshaw que podía
entrar. Así lo hizo. En cuanto estuvo
ante Sally, se horrorizó. Aquella má-
scara pálida no podía ser la linda agen-
te número nueve. Perplejo no cerraba
la puerta. Mas Sally, o mejor, el acen-
to de Sally, disipó toda su vacilación al
acercársele y disparándole a boca de
jarro lo siguiente:

—Entre usted, 1.655 G. Soy el nú-
mero 9... Conteste, ¿es usted el ladrón,
sí o no?

—¿Ladrón de qué? — se asombró
Crenshaw.

—De las joyas robadas en la tienda!

No podía ser más ingenuo el interro-
gatorio; pero, quizá, por ello mismo, ca-
paz de dar buenos resultados. Lo in-

cendió relució en los ojos de Crenshaw,
es decir, así lo estimó Sally.

—No sé nada absolutamente de esos
robos. De otro modo no hubiese acu-
dido a ustedes.

El argumento deslumbró a Sally, que
volvió a sentarse, convencida de que
Crenshaw era víctima de una tremen-
da injusticia. Por consiguiente, con-
testó:

—¡Claro!... Creo que sería una ton-
tería llamar a un detective para que
descubriese que usted era el ladrón.

Bill, Flamigan y varios policías
irrumplieron en el instituto de belleza.
Un agente se apostó junto a la entrada,
en tanto que Bill fué hacia el mostra-
dor, explicando la situación a la absor-
ta empleada:

—Usted perdóne, señorita. Estamos
buscando a alguien.

Satisfecha con esto su conciencia, en-
vió hacia la salida trasera a otro poli-
cia, mientras él y Flamigan se repar-
tían el terreno de las investigaciones.
Se barrantaba que iban a desvelar el
secreto de muchas y famosas bellezas,
como ciertamente no tardó en ocurrir.

Flamigan, que en punto de capacidad
mental estaba a la altura de Sally, huz-
meó varias cabinas individuales, reci-
biendo en cada caso un chasco, no sólo
del fracaso, pero de las clientes. Cerra-
no a una cabina, fué atraído por unas
carcajadas que brotaban de ella con-
tinuamente.

Descorrió, pues, interesado, la cor-
tina y toda su curiosidad oficial des-
apareció. La que se reía con tanta gusa
era una mujer obesa metida en una

especie de corsé de rodillos, que giraban sin interrupción, estrujándole la cintura y la parte central de su cuerpo, laborando por la ansiada esbeltez.

Posiblemente, los rodillos hacían cosquillas a su voluminoso cuerpo, de aquí su risa. Ahora bien, Flamigan escudriñó todos los rincones y poco a poco notó que la hilaridad de la mujer se le contagiaba. Era imposible dominarla. Aquella risa pegajosa... Y se echó a reír con todas sus fuerzas, mirando a su alegre compañera casual, que, indignada por su atrevimiento, detuvo el aparato, bajó de él y protestó:

—¿De qué se ríe usted?

—¡Oh!... De nada, perdónese usted... pero aun sigo continué riéndome.

Fascinado por el aparato, sorprendente fábrica de carcajadas, lo inspeccionó y los rodillos, como si fueran los tentáculos de un monstruo mecánico, le apresaron. Quiso zafarse, pero en vano, y este momento fué escogido por Bill, que había acabado su investigación, para presentarse ante su apurado lugarteniente.

—¡Eh, Flamigan! ¡No tenemos ahora tiempo para su masaje! Déjelo para la semana que viene. ¡Vamos!

La peluquera había regresado a la cabina de Sally, que se esforzaba en prodigar consuelos a su cliente, con un ardor casi maternal. Creunshaw la escuchaba inquieto, acaso por las espantosas manipulaciones de la peluquera, acaso porque la voz de Sally era más y más ininteligible.

—No se preocupe por nada. Todo quedará arreglado. Ya lo verá.

La peluquera pasó la yema de los dedos por las comisuras de la boca de Sally y metió en ella un tubo de cristal, explicándole:

—Como la cera se endurece, respire usted por este tubo hasta que podamos quitarla. Quédese aquí quieta; yo volveré en seguida...

La partida de la peluquera coincidió con las protestas que la invasión de Flamigan produjo en la cabina contigua a la de Sally.

—¿Quién le ha permitido entrar aquí?

—Perdónese, señora, estamos buscando a un ladrón.

—¿Y cree usted que puedo serlo yo?

Creunshaw se agitó inquieto, lo mismo que Sally, la cual, sin perder un segundo, le ofreció una bata que había en un rincón y le ayudó a ponérsela, en tanto que el joven protestaba:

—No sé por qué quiere esconderme, si no he hecho nada. Está bien, está bien, de acuerdo; sí, señora.

Flamigan abrió con precaución aquella cabina. Todo era normal en ella. Una mujer de cara horriblemente negra recibía el aire que le enviaba una toalla sacudida por un empleado, bien que la tela ocultaba la cara de ésta. Cerró la puerta y los dos cómplices respiraron aliviados.

Bill encontró a Flamigan subido en una silla y observando aquella cabina desde lo alto del tabique de madera. Obedeció su recomendación de que mirase y poco después una turba de policías ocupaba la cabina de Sally. Bill

puso su mano en el hombro de Crenshaw, que se quitaba la bata, y le avisó:

—Oiga, Crenshaw, no tengo ganas de jugar al escondite. Vamos y usted también, señora Frankenstein.

—¿Qué significa esto?

—Significa que queda usted detenido. Después quéjese usted al juez si quiere. Llévasele, Stuttery.

Sally sacudió a Flamigan, emitiendo apurados silbidos con el tubo. Pero éste se alejó de allí y siguió a los demás policías, diciendo:

—Dígaselo usted al jefe, señora. El entiende el lenguaje de los pájaros.

Una vez solos, Sally siguió su consejo y se precipitó en los brazos de su esposo. Presa en sus propias redes, se debatía por recobrar la voz. Pero Bill retrocedió, asustado de su catadura:

—¡Alto, alto, puto el carro!... No, perdone, señora: los canarios no son mi debilidad.

Sally prosiguió silbando y se puso su sombrero y su abrigo, mostrándoseles a fin de que los reconociera. Una vez más, la poca atención que los varones conceden a la instrumentaria femenina se patentizó.

—¡Es muy interesante!... ¿Es su equipo de esquiar para este invierno? Vamos, tengo prisa.

—¡Oh, Bill! —logró musitar en un esfuerzo supremo.

Bill estalló en una burlona carcajada.

—¡Esto es el colmo de la suerte!... Ahora va a resultar que me he casado, sin saberlo, con un cuco. ¡Suéltame! —rugió, esquivando sus abrazos.

En la delegación de policía, la tes-

taruda mujer de Crenshaw en la referente a los robos y la empeñada defensa que Sally hacía de su cliente, obstaculizaron los interrogatorios de la policía y, consiguientemente, la solución del misterio.

—Pídale que explique lo de los brillantes encontrados en su habitación —inició Bill al capitán de la policía.

—Conteste usted, ¿qué explicación da a eso?

—No tengo que explicar nada. Ni sé nada acerca de ellos...

—¡Oh, Bill, ya te...! —comenzó Sally.

Pero los demás la interrumpieron con firme inquietud. Obtenido su silencio, Bill se encaró con Crenshaw y apuntó irónicamente:

—¿Querrá usted hacernos creer que no sabía nada y que aparecieron en el cajón de su mesa por arte de magia...?

—Sí, claro, es posible... —se burló Crenshaw.

—Sí, y tan posible, que será mejor que busque usted otra explicación, después de pasar un par de noches en el calabozo —le cortó el capitán, llamando a un policía: —¡Lléveselo!... ¿Quién ha hecho la denuncia?

—Yo mismo... —intervino Slane — Denuncia por robo.

Se despidieron del capitán agradeciéndole su ayuda. Sally no perdió el tiempo en saludos; se aproximó a su defendido y su alma se estremeció, romántica y leal, al preferir el consuelo de:

—No se preocupe, 1.655 G. ¡Y piense que antes de la aurora está siempre oscuro!

CAPITULO III

LA MUERTE EN EL ARCHIVADOR

Los Nuelle habían convidado a cenar al matrimonio Reardon en el restaurante Skyline y esta última pareja se preparaba convenientemente para acudir a la cita. Bill, sentado delante del tocador, soportaba con paciencia, tanto las vigorosas fricciones que Sally propinaba a su pelo, como su implacable verbosidad.

—Te repito que Crenshaw es inocente. Claro que no pienso está porque me pagó cincientos dólares por anticipado.

—Mi madre me aconsejaba ya que no me casara con un ser inferior —suspiró Bill.

—Tarde o temprano habrás de soltarlo y me gustaría mucho ver lo que te dice Stone...

—Incluso mi padre ahora no me habla más que de reuniones familiares...

—¿No ves, Bill, que vas a quedar en ridículo? Reflexiona lo que significa para tu reputación el fracasar en este asunto.

—Y yo me hago todos los días la misma reflexión: «Tienes que mandar a su casa a esta infeliz; no aguantes más». Luego consigues entermecearme y te perdono sólo por compasión.

—Gracias, maridito. ¡Pero yo te probaré que Crenshaw es inocente y veremos lo que dice!

—¡Debo tener una maldición sobre mi cabeza!—gimió Bill.

Incluso la pacífica Sally notó agitada su impermeabilidad a las burlas de Bill. De pronto, queriéndose vengar, separó unos mechones de cabello de la coronilla y simuló investigar con sumo arrebato:

—Sí, tienes mucha razón. ¡Mira, se te cae el pelo a montones! —le arrancó un puñado de «llos y también un gemido—: No ha sido nada, encanto... Lo que tú necesitas es quemarlo. Después te saldrá mucho más fuerte.

—Sí, y me quemarás, ¿no? ¡De ningún modo!

—¡Oh, no tengas miedo, Bill! No te va a pasar nada. Está hecho en segundía...

Rasgó un pedazo de periódico y lo retorció en forma de mecha. Ahora bien, así que Bill advirtió sus maniobras, fué sobrecoigido por un espanto terrible, aumentado por el hecho de que Sally aplicaba una cerilla encendida al extremo del papel.

—Un momento, un momento... Oye, ¿y si me abrasas?

—¿Tú crees que me divierta lo por ahí con un hombre calvo?

—¿Y quién es calvo?

—Tú, dentro de poco... Es un segundo. No tengas miedo...

—Ya sé por qué te echó tu tío de casa. Por incendiaria.

—¡Estate quieto ahora!

El fuego había prendido adecuadamente y consumía lento la punta del papel. Resignado, Bill agachó la cabeza, mientras Sally chamuscaba con bastante pericia, pero desordenadamente, la punta de algunas crechas. Reinó el silencio. Una sonrisa de cariño flotaba en los labios de Sally.

—¿No te gusta, querido?—dijo al fin.

—Sí—le replicó ya más sereno.

Aplicó por última vez el papel a su cabello, cuando ya le tostaba los dedos. Percibiendo el calorillo, se apartó de su marido, olvidando apagar el fuego encendido en su postrer maniobra, y exclamó más que contrariada:

—¡Oh!... Necesito un papel más largo.

—Oye, ¿qué es lo que buscas ahora? ¿Aguarrás?

—No seas tonto, BILL.

Mientras Sally releía una página entera, Bill esperó, no muy conforme con la situación, orando por que se acabase. De repente, sus ojos se clavaron en el espejo; concentró su distraída mi-

rada y percibió una espesa humareda brotando con volumen creciente de su coronilla. No cabía duda, estaba ardiendo.

Y lanzó un alarido desgarrador, levantándose de un salto.

—¡Dios mío, me quemo!... ¡Oh!... ¡Oh, Sally, agua, agua!... ¡Agua!

—¡Oh, Bill!... Ahora mismo voy... ¡Espera, espera!

Pero ni cien mil pares de caballos hubieran aguantado a Bill. Sally desapareció hacia la cocina. El acalorado, además de por el fuego, corrió por la alcoba, despavorido. De pronto, reparó en una cama, la saya, arracó de un tirón las sábanas y metió la cabeza entre las mantas, permaneciendo así hasta que observó que el calor disminuía...

Sacó luego la cabeza, y se palpó la coronilla. Estaba apagada. Quedóse de rodillas, atontado. Sally penetró como una flecha en la habitación y descargó sobre él el contenido de una jarra, calándole hasta los huesos. Únicamente le faltaba aquello para ahuyentarlo aún más.

Sally, temblorosa, cierta de que había cometido otro disparate, se puso a una distancia conveniente, desde donde le preguntó con el más dulce de los registros:

—¿No necesitas nada, Bill?

—¡Oh! —exclamó ésta, postrándose de cara al suelo.



La señora Nacelle, su esposo y Davis estaban en el mostrador del Sky-line. Eran los únicos ocupantes del bar que denotaban molestia. Y era Davis quien tenía la culpa de la preocupación que se leía en sus caras. El socio de la joyería, con gesto avinagrado, hacía bastante rato que les atormentaba con sus destempladas quejas.

—Estoy indignado porque insiste la compañía de seguros en mantener a esos detectives de opereta — decía —. El marido nos representa a nosotros y la esposa al hombre de quien sospechamos...

—Podrá usted exponerles sus quejas personalmente, porque los he invitado a cenar esta noche —atajó Nacelle, ya fatigado de su mal humor.

Precisamente entonces aparecieron en el restaurante los Reardon, sin un vestigio de sus pasadas odiosas. Elegante y vestidos, se pararon un segundo en el guardarropa, tras de lo cual pisaron el suelo del comedor. Un mayordomo se les acercó:

—¿Una mesa para los señores?

—¡Oh, no! — contestó Sally—. La señora Nacelle nos ha invitado; nos espera en el bar.

Bill le despidió, atajando a su char-

latana esposa, a la que agitó del brazo y la amonestó:

—No te olvides que me prometiste no hablar esta noche.

—¿Es que no puedo creer que sea inocente?

—Lo que quiero es que no hables. Te exijo que no abres la boca una sola vez.

—Claro, y si no digo nada, van a creer que soy una estúpida.

—Si hablas los convencerás todavía más... ¡Hola!

Contestaron los saludos de varios conocidos. Sally, contenta de su popularidad, se resignó a obedecer a su esposo. Los Nacelle salieron a su encuentro, cambiaron unas palabras de salutación, presentaron a Davis y los ofrecieron un aperitivo.

Davis, cuya agresividad iba en aumento, dijo, cuando la señora Nacelle hacía señas al mayordomo:

—No puedo quedarme a cenar; pero reflexione usted sobre lo que le he dicho.

Le dejaron marchar sin gran pesar. El mayordomo se puso al frente de las dos parejas y cruzaron la sala formando un grupo. Un hombre vestido de etiqueta, de cierta edad y de mirada tala-

drante, interrumpió su camino, ofreciendo su mano a Bill.

—¡Hola! ¿qué hay, Bill?

—¡Hola, Croy!—le contestó con ese entusiasmo.

Precisamente esto fué lo que decidió a Sally a mostrarse amable con él y lo preguntó por el estado de su salud, viéndose obligado Bill a presentarlo al resto de la compañía.

—¿No conoce a mi mujer? Las señoras Nacelle, el señor Croy.

Unicamente Sally percibió la ojeada que cambiaron Croy y la señora Nacelle, aprovechando el descuido natural de la ceremonia. Croy enderezó su espalda, doblada en una reverencia, y se encará con Bill.

—Quisiera hablar con usted.

—Bien, ya nos pondremos de acuerdo—replicó Bill.

—Vivimos en la Avenida Madison, número 578—ofreció Sally.

—Se lo agradezco mucho, señora. Aprovecharé cualquier rato para visitarles.

—Cuando quiera—dijo Bill.

Y, sin más, se alejaron de Croy, que se mordía los labios meditativo en el centro de la sala. La señora Nacelle se unió a Bill en el momento en que llegaban a la mesa reservada.

—¿Quién es?

—Tony Croy, un famoso ladrón de Nueva York.

—¿De veras?

Sally, aprovechando el descuido de acomodarse en la mesa, se retiró a un lado con Bill y le murmuró rápidamente:

—Bill, no es la primera vez que se ven la señora Nacelle y tu amigo.

—¿Cómo lo sabes?—objetó, incrédulo.

—Por mi gran intuición.

—¡Oh!—despreció su esposo.

Davis pidió su abrigo a la empleada del guardarropía, cuando reparó en un sobre colocado en el mostrador de ésta, dirigido a Tony Croy. Atisbó en todas las direcciones y dijo, procurando dar un timbre normal a la frase:

—¿Cuándo dejaron esto a mi nombre?

—No sé, señor. Hace un momento que lo he visto.

—Es para mí. ¿Puedo llevármelo?

—Desde luego.

Se lo metió en el bolsillo de la chaqueta del smoking, se puso el abrigo y se encaminó al ascensor. Tony Croy llegó al guardarropía cuando pulsaba Davis el timbre del ascensor y, tras de escurrir el mostrador, preguntó muy extrañado a la empleada:

—¿No hay una nota a nombre de Tony Croy?

—Sí, señor, pero... —titubeó la empleada—, acabo de entregarla a un señor que dijo llamarse así.

—¿Cómo?—la interrumpió Croy gritando—. Pero, ¿por qué ha hecho usted eso?... Yo me llamo Croy.

—Perdóname, señor, pero yo no podía saber cuál de ustedes era.

Como la asistía la razón, Croy apaciguó sus temores, poniéndose rápidamente el abrigo. Indudablemente estaba muy contrariado.

—Diga, dígame, ¿qué aspecto tenía ese señor?

La empleada le anunció que acababa de entrar en el ascensor. Era aún posible percibir el rostro de Davis, quien, mientras Croy aceleraba su marcha, desplegó la carta, que rezaba: «Quinto archivador, segundo cajón». Estaba escrita a máquina y sin firma. Salvó la puerta giratoria, subió a un taxi, a cuyo conductor dió la dirección de la joyería Nacelle. Croy pisó la acera, cuando el vehículo de Davis arrancaba, montó en otro automóvil y ordenó al chofer que signiera al ocupado por el sorprendente socio de la joyería...

El camarero había servido champaña a los cuatro comensales del Skyline y el señor Nacelle se llevó la copa a los labios, brindando por las dos señoras, a las que calificó de las dos mujeres más bonitas de Nueva York. Sally iba a beber, pero se detuvo con un suspiro de pesar.

—¿Qué le pasa?—interrogó Nacelle.

—¡Oh, nada! Ahora estaba pensando en que estamos aquí bebiendo champaña mientras el pobre Crenshaw está solo y desamparado en una triste prisión.

Bill, desesperado, ya que no cumplía su promesa de ser discreto, pegó una patada en una pierna, que acusó Sally adoptando un aspecto inocente. Nacelle y su esposa intervinieron y la tranquilizó el primero:

—No tiene usted que preocuparse por eso. El no podría estar aquí con nosotros.

—Yo le creo también una injusticia

—aseguró su esposa—. No le hemos podido probar nada, ¿verdad?

—Yo estoy seguro —contestó Bill, a quien se refería la pregunta.

—Usted no tiene ninguna prueba; no puede estar seguro...

—Pero, señora Nacelle... Usted y su esposo deben reconocer que desde que Crenshaw está detenido los robos no han vuelto a renovarse. ¿No es una prueba suficiente?...

—Yo no lo aceptaría como prueba y ningún juez del mundo lo aceptaría.

—No, yo tampoco creo que sea suficiente para condenarle —confesó Bill.

—Pero es un factor importante. Y si, por el contrario, los robos continuasen estando Crenshaw detenido, sería para él un detalle favorable. Y ya no dudaría de que es inocente.

Inconscientemente, había acercado la mecha al cartucho. Sally, entendiendo el partido que podía sacar de la afirmación de su esposo, puso en práctica una artimaña que, como más tarde se demostró, tuvo dos fines. Lanzó, pues, una exclamación y se pasó la mano por la frente, poniendo los ojos en blanco.

Sus tres interlocutores la asediaron a preguntas y ella respondió débilmente, como si las palabras desgastaran sus escasas energías:

—Es que no me encuentro muy bien, que me siento un poco mareada nada más.

—¿Quieres acostarte? —indagó Bill, medio incorporándose en la silla.

—¡Oh, no te preocupes, Bill! Es sólo lo... debido... a mi estado.

—¿Cómo?... ¿Estado?... —halló en su esposo, viendo visiones.

—¡Oh, te lo aseguro, no es nada!— y la astuta Sally encoróse con la señora Nacelle—. ¿Tiene la bondad de acompañarme al tocador un momento?

La señora Nacelle se apresuró a hacerlo. Bill y el señor Nacelle se contemplaron en silencio. El rostro de Bill era una sinfonía de encontradas emociones, sobre las que destacaba la enorme alegría de saberse padre, así, tan repentinamente. El señor Nacelle le observaba con simpatía, mientras Bill daba vueltas a la copa por la espiga. Por último, se echaron a reír con estrépito.

Sally y la señora Nacelle entraron en el tocador y la primera acomodóse en un diván. Su acompañante se inclinó sobre ella, depositando en bolsos en una mesita cercana y esperando a que el desvanecimiento de Sally se disipara. Esta, al fin, con un suspiro, agradeció sus cuidados:

—Gracias, muchas gracias. ¿Tendría usted la bondad de decirle a la camarera que haga el favor de traerme un frasco de sales?

—Voy en seguida.

Mientras cumplía el encargo, que la llevó a otro departamento del tocador, el mareo de Sally desapareció inesperadamente, pues se incorporó, y en un decir amén, cogió el bolso de la señora

Nacelle, lo abrió, sacó un manojo de llaves, que introdujo en el anillo y depositó la prenda de su acompañante en el mismo lugar y posición en que estaba un segundo antes.

—Lo traeré inmediatamente — dijo la dama, tornando a ella.

Sally, ni coría ni pereceaba, aunque un poco precipitada, se levantó del diván, simulando vacilar y ayudada por la señora.

—¡Oh, no!... Sinceramente, prefiero ir a acostarme... Creo que es mejor que me vaya...

—¿Aviso a su marido?... — le ofreció, sosteniéndola hasta la puerta.

—No, no quiero estropearle la noche por mi culpa. Dígale que me fui porque estaba un poco cansada, que no es nada y que no se preocupe.

—¿Pero no cree usted que en estas condiciones preferiría acompañarla al mismo?

—¡Oh, no, por favor!... No; me encuentro muy bien. Buenas noches.

La señora Nacelle se quedó perpleja y se encogió de hombros. Sally, esquivando la puerta del comedor, corrió hacia la salida, en donde suplicó al portero que llamase a un taxi. Cuando el automóvil frenó delante de ella, pensó ágilmente en él y ordenó:

—Quinta Avenida, calle 50.



Davis, entretanto, había arribado a la joyería Nacelle. Despidió al taxi y, en lugar de penetrar en el establecimiento por la entrada principal, dobló una esquina y se paró ante una puertecilla lateral. Sacó la llave, le dió una vuelta y encendió unas luces que le permitieron distinguir los peldaños de la escalera que conducía al despacho de la gerencia, en el que estaba poco después.

Croy vaciló antes de decidirse a salvar la entrada franqueada por Davis. Oteó ambos extremos de la calle y atravesó el umbral, subiendo sigilosamente los escalones, tras su perseguido.

Davis encendió una lámpara de un escritorio, enfocándola hacia una hilera de negros archivadores, numerados convenientemente y, aprovechando el rayo de luz, leyó a media voz la carta dirigida a Tony Croy:

«Quinto archivador, segundo cajón».

Se encaminó hacia él. Croy le espía, sacando la cabeza por la parte inferior de la barandilla, que sustituta a uno de los tabiques. Vió que Davis contaba los cajones del quinto archivador con su dedo índice... Abrió el mencionado por la carta...

Y una detonación seca y fuerte re-

sonó en la joyería! Davis se dobló sobre sí mismo, cayó sobre la alfombra, en donde se retorció unos instantes antes de quedar inmóvil.

Croy desapareció de un salto...

Salió a la calle, pero un taxi que se detuvo en la esquina le hizo retroceder precipitadamente hacia un hacinamiento de cajas que había en el callejón y huir oculto por su molo. Sally, pues no era otra, estudió la puerta lateral, sacó la llave y, atemorizada, temblorosa, la metió en la cerradura. La puerta cedió sin dificultad.

Y cuando enviaba una última ojeada a los contornos, un lindo gatito le rozó los pies, obligándola a exhalar un leve quejido. Se repuso del susto y se adentró en la joyería. El tan cacareado instinto detectivesco de Sally no percibió nada anormal en las luces encendidas y se encaminó hacia las vitrinas, cargadas de alhajas.

El policía que hacia ronda miró hacia el interior, atraído por la luz, pero siguió su camino, no advirtiendo nada anormal. Sally despegóse de la pared, a la que se había adosado al notar la presencia del guardia, intentó forzar el duro cristal de una vitrina, sobre cuyo terciopelo brillaba una riquísima pulse-

ra, que se había determinado a robar, pero no cedía.

El gatito, persiguiendo a un ratón, batió su movimiento de quitarse el zapato. Escuchó. Sólo silencio. Se quitó, por consiguiente, el zapato y golpeó el cristal con el tacón varias veces antes de abrir un boquete, a través del cual sacó la mencionada pulsera, que introdujo en su bolsa.

El ratoncillo se había emboscado en el interior de la armadura y tras él fué el gato. La celada del casco cayó, produciendo un sonido metálico que hizo echar a los pies de Sally raíces en el suelo, cuando iba a abandonar la ju-

yería. Ahora bien, el gatito había atrapado al ratón y las convulsiones de la pelea se transmitieron al casco, que se zurró a un lado y a otro. Sally agonizaba de pavor... Así que saltó el gato y tropezó con la larga falda de su vestido de noche, la joven, desfavorida, echó a correr. En la calle, su precipitada fuga le torció un pie, se le rompió un tacón del zapato y, sin recogerlo, cojeando, fué en busca de un taxi.

En tanto que la esposa cometa aquella fechoría, Bill, comado por el señor Nacelle y todos los clientes del Skyline, había chumpañ a raudales y cantaba una estornecadora canción de cuna con un acento tan tierno que harripilaba.



Sally despertó al día siguiente y se encontró con que Bill aparecía en la alcoba, portador de una bandeja que contenía el desayuno, taraceando los restos de la infantil canción nocturna. Su esposa, olvidada de todo, se alarmó sobrenaturalmente de tal lujo de atenciones.

—Pero, Bill... ¿Me traes el desayuno? ¿Seguro que estás en tus cubales?

—¡Oh, ¡Yo, magníficamente! — respondió risueño y arreglando el almohadón — Pero ayer debí haberte acompañado a casa, ¿comprendes? Encontrándote en ese estado... Ya sé, ya sé que tú querías guardar todavía ese precioso secreto para ti sola, ¿no es cierto? ¿No es cierto?

Mientras Bill la besaba con amor, Sally intentaba componer sus pensamientos, adecuándolos a la situación que su imprudencia había originado.

—Pues... claro, yo no quiero ser una molestia para ti... No, de ningún modo.

Pero Bill no la escuchaba. Alababa al sol, a su mujer, a todo, completamente dichoso. Con aquella espada de Damocles suspendida sobre ella, Sally

quiso comprobar si su sacrificio había surtido efecto, salvando a Crenshaw, y preguntó si había algo nuevo en el periódico. Bill, que no lo había mirado, reparó en sus grandes titulares y lanzó una exclamación que calmó las ambiciones de su esposa.

—¡Caranto!... ¡Han robado nuevamente en la tienda Nacelle!...

—Ya te dije muchas veces que Crenshaw era inocente. ¿Y ahora qué es lo que han robado?

—¡Han saqueado la joyería! ¡Se han llevado todo lo que han querido!

—Pero... — gritó Sally y se corrigió horrorizada — Pero si siempre habían robado solamente una cosa...

—Sí, pero esta vez deban haber cargado un camión—dijo, depositando el periódico junto a ella— Tengo que ir allí en seguida.

—¡Oh, Bill, Bill! — exclamó Sally horrorizada al leer el titular—. Lee esto, mira, fíjate: han matado también al señor Davis.

—Ya leí el periódico, mamá — afirmó Bill, poniéndose la americana y

acercándosele.— Escucha, pequeña; no debes excitarte. Tengo que dejarte sola; debo ir allí en seguida. Se trata nada menos que de un crimen en casa de un cliente mío. ¡Adiós! Sé buena, ¿eh?... Avisame en seguida, si necesitas algo—y añadió finalmente—: ¡Oh! Y prométeme una cosa, querida.

—¿Qué?

—Haz lo que quieras, pero no te levantes.

Apenas necesitaba Sally esta recomendación. Únicamente le quedaba un

asilo de vida. Su hazaña había resultado estéril y peligraba ser envuelta en un crimen. Se dejó caer de espaldas contra la cabecera de la cama, tornó a mirar el periódico y de debajo de la almohada extrajo la destellante pulsera, cada uno de cuyos brillantes semejaba reírse de su aturdimiento e improvisación.

—Si yo hubiese sabido esto... anoche...

Pero quejarse entonces era como pedir peras al olmo.



—Uno de estos días te comprará un brillante



—Bill, ¡ahora está insultándome!



—¿Cree usted que le gustaría este collar a su esposa?



...la dinámica esposa de Bill le hizo pasar al despacho.



—Tranquilícese, 1955 G.



—Te repito que Crenshaw es inocente.



...aparecieron en el restaurante Sally y Bill...



—Sinceramente, prefiero ir a acostarme.



...Bill, coreado por el señor Nasella y todos los
clientes del Skylark, cantaba una canción de cuna...



Sally agonizaba de pavor...



—Si yo hubiese sabido esto... anoche.



—Yo trabajaba para Davis. El sospechaba de la señora Nacelle.



Estremecióse de pánico cubren al sacar un enorme
revólver.



—¡Oh, Arturo! ¿Estás bien?



— Me ha matado:



Sally, muy orgullosa de su marido, se coga de su brazo.

CAPITULO IV

PISTAS

La policía habíase adueñado del despacho en que Davis halló la muerte y se entregó de lleno a la rutina, capitaneada por Johnson, de la Brigada Especial de Investigación. Mientras unos burocrataban los rincones, las escaleras y los muebles, otros sacaban innumerables fotografías y ponían de manifiesto tanto las impresiones digitales como las pisadas del asesinado. Innumerables agentes de uniforme custodiaban las entradas y las escaleras.

Bill contemplaba la animada escena acodado en una especie de pedestal y toda la ironía que le sugería era desperdiciada por Stone, que, más excitado que nunca, le afeaba su impotencia e impericia, como si el detective fuera el asesino.

—Estamos todavía como al principio. Sólo que tenemos ahora quince robos más que antes y un asesinato!—explotó Stone.— ¡Ahora tiene más materia para un éxito, Reardon! ¡Le felicito!

—Sí, pero oiga, Stone. Usted se habrá figurado que esto era un caso de robo corriente... Es algo más complicado.

—Esa es su equivocación, Reardon—terció Johnson, aproximándose—. Un bebé descubriría este crimen.

Bill y Johnson eran contrarios en el terreno profesional y no desperdiciaban ocasión de cambiar pullas. Johnson se divertía con la derrota y apabullamiento de Bill, porque tenía una teoría... Pero también Bill poseía una idea, aunque vaga, de adónde irían a parar los enrevesados hilos de la trama del crimen.

—Tal vez, Johnson, pero, entonces, ¿por qué no se decide usted a descubrirla toda!—se burló Bill.

—Por lo que he visto, no creo que se trate de un caso especial. Vinieron a robar, Davis los sorprendió y por eso le eliminaron. Es muy sencillo.

—Ya. ¿Qué observador es usted, amigo Johnson!—exclamó Bill con sarcasmo.— Continúe así. Sólo le falta saber por qué estaba Davis aquí y quién es el hombre que lo eliminó.

Johnson no se inmutó y se echó el sombrero hacia la coronilla, adoptando un acento parecido al suyo, en tanto que sus ojos chispeaban divertidos. Sus

hombres asientan a su seguridad con mirras apenas disimuladas.

—Oh! Digo, digo, usted trabaja en este caso hace meses. Yo lo inicié esta mañana. Déjeme ir a comer tranquilamente y puede que le dé la solución esta misma noche.

—¿Por qué no se contesta usted con un bocadillo y me la da más pronto?

—Porque no quiero pisarle el terreno—resusa, fanfarrón—. No me gustaría despojarle ante el jefe.

—Oh, qué amable es usted, Johnson! Pero lo tiene que aclarar en seguida: recuerde que se ha dado un plazo usted mismo.

Pillado en sus mismas redes, Johnson tragó su disgusto y se alejó de Bill, cuya aviesa mirada le sacaba de quicio, anunciando con apismo:

—Sí, voy a ver a mis hombres. Cuando guste, puede volver por nuestra oficina. ¡Siempre interesa un aprendiz!

Bill lanzó una risotada sarcástica, que no obtuvo eco; antes bien, Stone, disponiéndose a marchar, le llamó la atención, diciéndole:

—Reardon, yo le aseguro que en su lugar seguiría ese consejo de volver a la oficina una corta temporada.

Bill dió la callada por respuesta, silencio que fué interrumpido por una llamada telefónica de Sally al mismo despacho, porque agonizante de temor todavía, estaba impaciente por tener buenas noticias.

—Oye, Bill, ¿eres tú...? ¿Has descubierto ya al criminal?

—Escucha, cielo. A Billito no le gusta que le preocupes de estos casos es-

tado así—fué la cariñosa respuesta, que arrancó una carajada de burla a los policías.

—Es que yo he creído siempre que eres capaz de todo, si te empeñas...

—Sí, Oye, pequeña, lo único que necesitas es mucha tranquilidad... Si, entendido, eso es... anda a la cama.

—Pero, escucha: tienes que descubrir pronto al criminal... Esta espera me atormenta... ¿Tienes que descubrirlo!...

—Sí, ya lo sé, Sally; pero no creas que eso es tan fácil—contestó con mucha gravedad, que aprovechó Johnson para intervenir, diciendo:

—¿No es cierto, Billy... Billito?

Bill le mandó callar con un gesto y, después de dar a Sally toda clase de seguridades, cortó la comunicación. En la puerta tropizó con Flamigan, que se colaba un bolsillo de la americana con aire misterioso. Al ser interpeñado, Bill gritó de muy mal humor:

—Sí, ¿qué hay?

—Verá lo que he encontrado—anunció triunfal su ayudante.

Al ver que estaba a punto de extraer la mano del bolsillo y que todos los policías estaban entregados a su trabajo, le ordenó que hablara más bajo y le condujo a la planta inferior, en donde Flamigan exhibió el tacón del zapato perdido por Sally la noche anterior, dando las siguientes explicaciones:

—Encontré esto junto a la puerta de servicio. ¿No le parece que es un zapato de mujer?

—Sí —contestó lacónicamente y sin maravillarse de su penetración—. Mande hacer una copia y bruto usted de averiguar algo en las tiendas de reparación de calzado de este barrio.

—¡Está bien, jefe! Esto recuerda a la Geniecinta y yo puedo ser el Príncipe. —empezó a decir Flamigan muy ufano.

Pero Bill acabó todas sus novelitas, hundiéndole el sombrero hasta las cejas y dejándolo plantado protestando en la calle.

Bill, así que estuvo en su Agencia, mandó a la secretaria que le entregase todos los datos descubiertos por la policía, esperando el regreso de Flamigan con el resultado de sus pesquisas. No era mucho lo que Johnson había averiguado en el lugar del crimen. Tan escaso, en realidad, que comenzó a recobrar su confianza y optimismo habituales.

La secretaria, tras de comunicarle algunos datos sin importancia, le tendió una copia oficial del certificado atendido por el perito en balística del Departamento Criminal.

—Aquí está el informe del Laboratorio de Policía. La bala era del 38...

—¡Bien, bien! —aprobó Bill, repasándolo rápidamente—. Johnson descubrió algo importante. Se habrá ido a casa con jaqueca.

—Perdóneme—se excusó Flamigan, compareciendo súbitamente—. Jefe, lo encontré. Me refiero a que hallé el taller. Está muy cerca, en la calle 60.

Una mujer entregó el zapato para que le pusieran un tacón nuevo y volverá a recogerlo a las cinco en punto. Es igual que éste.

—¿A las cinco irá?—dijo Bill, consultando su reloj—. Hay poco tiempo que perder. Vamos.

El taller de reparación de calzado no era nada trascendental, exceptuando los enormes bigotes de su propietario, de indudable origen latino. Inmediatamente les mostró el par de zapatos dejados allí aquella mañana por Sally. El tacón, como había dicho Flamigan, encajaba perfectamente. Por consiguiente, Bill sólo tenía que esperar y cazar a la interesante propietaria del calzado.

—¿Está seguro de que la reconocerá?—preguntó.

—¡Oh, segurísimo! Sí, la recuerdo perfectamente.

—Oiga, fíjese en lo que tiene que hacer. Cuando ella venga, silbe usted. Así lo sabremos... ¿Sabe silbar?

El zapatero lo afirmó y dió una destinada muestra de ello, que crispó los nervios de los detectives. La canción era irreconocible, y como a aquel sujeto se le ocurriera silbar mal, posiblemente no cobrarían la anhelada pieza. De aquí el interés musical de Bill, que le interrumpió diciendo:

—Oiga, cuando silbe usted, le ruego que no desafine. ¿Oye? —preguntó probándole cómo lo había de hacer.

—¡Oh, sí, ya lo creo!

Y los desesperó con unos trinos espeluznantes. Flamigan y Bill, de mutuo acuerdo, intentaron llevarle por el buen

camino, aunque, por último, desafiaron. Bill se encará con su ayudante y le mandó inesperadamente:

—Quítese usted los zapatos.

—¿Por qué?—se horrorizó.

—Cuando venga esa mujer, creará que somos clientes. Yo esperaré al limpiabotas.

Bill se sentó en un butacón y desplegó un periódico. Flamigan, habiendo comprendido su idea, quitóse los zapatos sin tomarse la molestia de desatarlos y, muy alborozado por lo que tenía de novelesca la trampa, se los tendió al zapatero.

—Ya que estoy aquí, voy a aprovecharme... Tenga, póngame usted tacones de goma.

El zapatero no se lo hizo repetir y cogió sus herramientas. Las cinco dieron los relojes. Puntualmente, abrióse la puerta del taller y entró Sally, airosa y fresca como una rosa. Al descubrir a Flamigan y posteriormente a su esposo, que se puso en pie asombrado de verla allí, exclamó cordialmente:

—Hola! ¿qué hacéis los dos aquí?

—Sally, pero ¿qué te propones siguiéndome a todas partes?

El zapatero dejó la lezna sobre la mesa e hinchó los carrillos, desafiando como si le pagaran por ello. Bill, distraído y contrariado por la presencia de su mujer en el taller, le quiso enmudecer, pero el hombre siguió hablando.

—¡No! ¡Ya está desafiando!—gritó Bill.

Irritado, decidió darle una lección, corrigiendo los numerosos pasajes en

que se perdía su inesperado cómplice, que trataba y soplaba a más y mejor. Sally, subyugada por la energía de Bill y la cooperación de Flamigan, palmeó:

El zapatero, próximo a la asfalta, reforzó la consigna señalando con un zapato de Flamigan a Sally y pitando desafortunadamente, hasta que, al fin, Bill cayó en la cuenta de lo que quería expresar.

—¿Que fué ella la que...?—gritó.

—¡Sí!—fué la jadeante aseveración del zapatero.

Bill se encará con su mujer con las manos alzadas significativamente. Sally huyó descaradamente, mientras Flamigan no sabía a qué tanto encomendar-se, sin entender un ápice de lo que estaba aconteciendo, ya que Sally replicaba:

—¡Bill! ¡Bill! ¡Ningún buen marido pega a su mujer!

—He dejado de ser un buen marido para tí! ¡Ahora verás!—dijo, saliendo a la calle en su persecución.

Al verse solo y con una tragedia cercana, Flamigan reclamó al zapatero:

—¡Eh, deme mis zapatos!... ¿Quieres?...

Aquella tarde hermosa y soleada fué testigo de una escena singular, que se desarrollaba en la poblada calle 69. Una mujer joven y hermosa hula de un hombre joven y enfurecido, seguida la pareja a distancia por un hombre de más edad, que, además de tener cura de estúpido, completaba el desconcierto andando descalzo y con los zapatos en las manos.

—¿No está mi marido?

Tal fué la pregunta de Sally así que entró en la Agencia de detectives. Y como suponía, la secretaria movió la cabeza en ademán negativo. Desolada, se apoyó en la mesa en donde la empleada replicoteaba la máquina, que dejó de oírse al explicar a la esposa de Bill:

—No, todavía no ha llegado. Acostumbra siempre llamar a esta hora.

—Hace tres días que no me habla—confesó Sally su pesar—. ¿Y todo por perder un tacón?

—¡Oh! — exclamó la secretaria con simpatía.

—Y tampoco me ha dado dinero. Yo creo que me está condenando a morir de hambre...

—No lo sabía. No me ha dicho nada el señor Reardon.

Sally se apartó del escritorio y se pasó por la antecala, presa de los más tenebrosos pensamientos respecto a su suerte futura. Pero todas sus aprensiones se volatilizaron al recogerse en el cristal de la puerta la silueta de un hombre, que semejaba dudar antes de determinarse a penetrar en la Agencia. Sally se arrancó de un tirón el sombrero y se paró en la puerta del despacho de Bill, profiriendo:

—¡Oh, quizá sea un cliente!... ¡No le deje escapar! Le atenderé yo misma.

—Pero su marido ordenó...

—No importa lo que ordenara—concluyó Sally.

Cuando hubo preparado con gran aparato ciertos pormenores, destinados a dar al visitante una alta idea de su eficiencia, tales como una lupa, un bloc de notas y un lápiz, respiró satisfecha esperando la inminente entrada del cliente, que iba a servir, nada menos, para concertar la paz entre Bill y ella.

—El señor Stevens quería ver al señor Reardon. Le he dicho que podría hablar con usted — comunicó la secretaria con el cliente a sus espaldas.

—Gracias—dijo Sally, despidiéndola con un gesto, y rogó a Stevens—. Siéntese, señor Stevens.

Este la miró con agudeza y rechazó con un gesto el ofrecimiento, de manera que quedaron muy próximas una al otro.

—No, no tengo tiempo. He venido para darle a Bill una pista. Cuando pertenecía a la Brigada de Investigación me hizo un gran favor y vengo a devolversele.

—Es usted muy amable, Stevens — alabó ingenuamente Sally—. Soy su as-

posa y su colaboradora y lo que me diga es como si se lo dijese a él. Puede estar seguro... ¿Entiende usted o no?

Esta última interrogación se debía a la leve vacilación del visitante, el cual, pasados unos momentos en silencio, decidióse.

—Supongo que será igual... Yo trabajaba para Davis. El sospechaba de la señora Nacelle...

Sally saltó el bloc y el lápiz y gritó:

—¿De la señora Nacelle?... ¡Ya lo decía yo!

—Yo tuve que seguirla — continuó, inclinándose afirmativamente la cabeza—. Ella se veía a menudo con un individuo llamado Tony Croy.

—¿Tony Croy?... ¿Está seguro de que era Tony Croy?

—¡Claro que era Tony Croy!... Le visitaba en su departamento en la calle 73, del edificio San Salvador...

Y, como es natural, a Sally le faltó tiempo para apuntar la dirección y... para investigar por su propia cuenta.

Los negocios de Tony Croy debían ser espléndidos a juzgar por el lujoso departamento que tenía alquilado. Sally irrumpió en él por arte de biribirloque y corrió por el salón principal, con resultado nulo en sus registros. Pasó, pues, al dormitorio, no menos elegante, aunque algo femenino, y abrió el cajón de la mesita de noche, hallando en él un puñado de cartas y facturas sin importancia y una pistola automática, que saltó como si estuviera ardiendo.

Mientras tanto, Tony Croy, inconsciente, claro está, de la invasión de que su domicilio había sido objeto, atravesó

parezosamente el vestíbulo del edificio y preguntó al empleado si había alguna carta para él. En vista de lo contrario, se movió en el ascensor y segundos más tarde apareció en su piso.

Sally, de la mesita de noche, pasó al tocador y descubrió algo, que corroboraba la declaración de Stevens, sepultado y disimulado por la ropa interior de Croy: una bonita pitillera que llevaba la inscripción de su Tony, de Francisco, 21 de mayo de 1927.

También su mano tropezó con un objeto duro y frío. Estremeciéndose de pies a cabeza al sacar un enorme revólver, que dejó caer en el cajón, cerrando éste de golpe... Pues había oído abrirse la puerta del departamento.

Miró en todas las direcciones y entró en el cuarto de baño, escondiéndose entre las cortinas de la ducha. Croy creyó percibir algo anormal en el ambiente, pero desprecia el aviso. Estudió la mesita de noche y el cajón del tocador. Se rió. Estaba volviéndose nervioso. Empezó a desmenuzarse para tomar una ducha y tarareando entró en el cuarto de baño.

Lanzó la corbata sobre el lavabo y tomó asiento en un taburete. Al apoyar la espalda en la cortina, se le antojó percibir algo al otro lado... Se levantó y como por embrujamiento un pequeño revólver brilló en su mano, mientras que la ducha corría misteriosamente. Fué a correr la cortina, pero Sally se opuso de un tira, sacando la cubeta mojada y despojinada.

—¡No! ¡No tire, por favor!... ¿No me recuerda usted? Soy Sally Reardon,

nos encontramos la otra noche con Nacelle en el Club.

—Pero ¿qué hace usted en mi departamento? — preguntó, reconociéndola.

—Oiga... Es que verá usted... pues, al un ruido... se abrió la puerta y yo no sabía... no sabía que era usted...

—Es natural. Este es mi departamento.

—Pues, yo no dije nada al portero, porque supuse que no me permitiría la entrada y... — al notar que sonreía halagado, agregó: — Pero ahora déjeme hacerle unas preguntas.

—Me parece que antes de las preguntas, será mejor que tome una copa de coñac — declaró, guardando el revólver.

—Oh! Se lo agradezco mucho... Sólo quedara cambiarme de ropa.

Croy le indicó el lugar en donde encontraría un traje de hombre y fué necesario que Sally le lanzase una indirecta para que saliera del cuarto de baño. Porque el señor Croy, como todos los mortales, tenía una debilidad y ésta consistía en creer que la mujer que le veía una sola vez quedaba cautiva de sus encantos — ¡ay! — ya algo marchitos.

Pero todo su orgullo se estrelló al encontrar el cajón del tocador mal cerrado. Escudriñó su interior y, al verlo revuelto, se enojó de hombres significativamente. Hizo lo mismo con la mesita de noche y obtuvo igual resultado. Puesto así en guardia, sacó una botella de coñac y dos vasos y los colocó sobre una bandeja. A Sally la atormentaba

aquel extraño silencio y gritó desde el cuarto de baño:

—Señor Croy, ¿está usted ahí?

—Sí... Diga.

—Voy a empezar a hacerle las preguntas, ¿quiere?

—Bueno... De acuerdo — concedió, aunque contamente.

Sally tomó fuerzas para el empuje definitivo, que fué el siguiente:

—¿Qué relación tenía con la señora Nacelle el 21 de mayo de 1927, cuando le regaló a usted una pitillera con la inscripción «a Tony, de Francisco»?

La pregunta era tan ingenua que Croy casi se sintió molesto. Pero sonrió y su fértil imaginación encontró el medio de combatir a Sally con los mismos elementos por ella empleados. Tomó un sorbo de licor y contestó:

—¿Acaso no cree usted posible que yo haya conocido a otra Francine en 1927?

—Sí, creo que sería posible si pensaba usted coleccionar varias del mismo nombre...

Con un suspiro de satisfacción al ver todos sus problemas resueltos, Sally se presentó en el dormitorio, embutida en un traje masculino en el que cabían dos mujeres más. Sin embargo, esto no obstaba que continuara afable.

—Bueno... perdone que le haya sometido a este interrogatorio.

—De nada — dijo Croy sin detener su avance hacia la salida.

Sally se paró en la puerta y afirmó agitando una mano:

—¡Oh, no hay prisa! Cuando... cuando lo parezca.

Y le dejó apoyado en el quicio de la puerta, pensando en que la señora Ricardo, aparte de ser muy bonita, era muy lista o muy necia. Y su experiencia es muy difícil discriminar en dónde empieza lo uno y termina lo otro.

CAPITULO V

UN NUEVO CHIMEN Y MAS PECHORIAS

La señora Nacelle estaba preparada para salir, cuando inesperadamente se abrió la puerta de su casa, dando entrada a Tony Croy. Este no indicaba que la visita de Sally hubiera alterado su sistema nervioso, pues cerró la puerta con cautela y esperó, forzando la cortesía, a que la dama le dirigiera la palabra para adentrarse en la salita.

—¿No has perdido tu habilidad de abrir cerraduras? — protestó la señora Nacelle.

—Tengo la misma práctica — dijo suavemente—. ¿No sabes que es incorrecto no contestar al teléfono? Y el conserje abajo me ha dicho que habías salido.

Sus miradas se cruzaron como dos espadas, con gran ventaja de Croy, que se quitaba muy tranquilo los guantes, pues la señora Nacelle bajó sus ojos y su respiración se alteró.

—¿Qué venias a hacer aquí? — exigió ella, tras de una pausa.

—Pues exclusivamente unas cien mil dólares en brillantes — declaró Croy tomando asiento.

Es de suponer que fué el asombro o la indignación lo que hizo ponerse en pie a la señora Nacelle de un salto y no la proximidad del ladrón. Se conluvo al punto y su ceño se frunció perplejo.

—Eh!... No sé de lo que estás hablando, Croy.

—Sí, ya lo creo... Esperaba encontrarlos la otra noche, pero Davis recogió tu carta en mi lugar y recibió el tiro destinado a mí...

—Te aseguro que sigo sin comprender lo que hablas...

—Seguí a Davis cuando salió del Club hacia la tienda. Y cuando llegué allí le encontré muerto en el suelo...

Eso lo tenías destinado para mí, pero tu pequeño y agradable plan tuvo éxito. No obstante, estoy dispuesto a olvidar ese pequeño detalle si te decides a entregarme los cien mil dólares en brillantes que retiraste la misma noche.

La señora Nacelle no se inmutó. Croy la miró con admiración, pero se fijó en que relucía nerviosamente sus dedos. ¡Estaba a punto de sucumbir!

—Si tú crees que estoy complicada en ese robo, te equivocas... De veras, te equivocas.

—No me equivoco. Tengo sed. Y espero de tu amabilidad, que quieras invitarme.

La señora Nacelle regresó con una especie de vitrina llena de botellas y de copas. Croy se sirvió con generosidad, paladeó el licor y prosiguió la conversación, obligándola a sentarse junto a él.

—Creo que eres una mujer muy inteligente, pero me parece que cometiste un error al casarte con tu millonario sin haber arreglado nuestros asuntos. Harás bien en darme esas joyas, si no quieres que me enfurezca y vaya con el cuento...

La amenaza surtió efecto. La señora Nacelle perdió su sangre fría por primera vez y se arrojó de golpe inmisericordia.

—¿No me has perjudicado bastante? —le dijo con un gemido—. ¡Has reunido una fortuna con todas las joyas que me has obligado a sustraer de la tienda!

—Creíste que la fama con Nacelle te iba a servir y que desde entonces podías vivir tranquilamente sin ocuparte

de tus antiguas amistades — acalló sus protestas y prosiguió: —No quiero que te molestes por mí... Vive tranquilamente y dame los brillantes. No soy sólo el que debe preocuparte. Esta tarde sorprendí a la señora Reardon en mi departamento. Sabía que nos conocíamos y encontró la pitillera que me regalaste. Naturalmente, necesitarán tiempo para averiguarlo todo, pero sí lo consiguen...

Dejó sin completar la frase, trazando un gesto vago en el aire. La señora Nacelle perdió el resto de su compostura y se inclinó hacia él con una furia espantosa en los ojos, que no le impresionó ni poco ni mucha.

—¿Y cómo se enteró?... Tú se lo has dicho...

—Te aseguro que no he dicho nada —respondió Croy—. A esa mujer le gusta meterse en todo. Te advierto que debes tener cuidado con ella. Si se lo dice a su marido, te molestarán... Y ahora vamos a terminar nuestros asuntos. ¿Telefonaré a tu marido?

Pasó su mano sobre el aparato telefónico. La señora Nacelle se precipitó sobre su diestra y la arrancó del teléfono, que alejó de su alcance, replicando con fervor:

—¡No, Tony!... Yo robé los brillantes... Te voy a dar la mitad.

Vióse Croy con una saca y despectiva carcajada.

—¡Oh, no! Sabes que no acostumbro volverme atrás. Pienso llevármelos todos. ¡Dime dónde están!

La señora Nacelle había ocultado su rostro entre las palmas de sus manos y

soñaba con desahucio. Croy, irritado por este pesar, seguramente ficticio, fué hacia ella y le descubrió el rostro, reclamando con energía:

—¡Oh! — ¡Basta de suspiros! ¿Dónde están?

—En la caja, debajo de aquel grabado — anunció con voz monótona.

El lugar señalado por la señora Croy era un espacio de tabique saliente y recubierto, como los demás de la habitación, de maderas trabajadas en forma de cuadros. Croy sonrió triunfal y se dirigió a él, aplicando las manos debajo del grabado. Pero no cedió.

—¿Dónde?... ¿Aquí? — insistió huerao.

—Sí.

La caja estaba disimulada detrás de la charpa de madera mencionada y giraba en torno de un eje central. Imprimiéndole Croy un movimiento giratorio y cedió abriéndose pausadamente...

[Súbitamente, sonó una detonación estentórea y Croy se desplomó herido en el corazón!]

En el lugar de la caja, había un revólver negro y amateo sujeto por dos barras de hierro en forma de puño. El llanto de la señora Navelle cesóse al instante. Con rápidos y repentinos movimientos tomó el pulso a Croy e hizo girar el puño de pared, ocultando el arma. Luego, arregló los almohadones y guardó las botellas y las copas. Tras de una mirada circular de inspección, abandonó su casa.

Al llegar al vestibulo, pues había tenido la preocupación de no llamar al ascensor, aguardó a que aquel lugar estuviera vacío y el empleado del mostrador vuelta de espaldas y corrió rápidamente a la calle.

Cuando los de la Brigada de Investigación y con ellos Bill y Flamigan irrumpieron en la morada de los Nacelle, el coronel y varios agentes de uniforme habían dado comienzo a sus pesquisas, en presencia del señor Nacelle, que observaba sercnamente los requisitos judiciales.

Acto seguido, Johnson se apoderó de la dirección del caso y, mientras el coronel, le cedía el terreno, Bill inspeccionó con sus sagaces ojos el teatro de la tragedia, sin descubrir, aparentemente, nada digno de mención.

— ¿Quién lo mató? — preguntó Johnson.

— Eso es obligación suya — esquivó el coronel de mal genio.

Johnson despreció su hostilidad, y pasando por delante de él, se enfrentó con Nacelle que le recorrió con la mirada, lleno de curiosidad.

— ¿Quién lo vió primero? — interrogó el policía.

— Oiga, agente. Esto es mi departamento y al regresar a él lo encontré en el suelo tal como está ahora.

— Y supongo que usted espera que nos lo creamos, ¿no?

Le irritaba la sangre fría del presunto asesino y más todavía el burlón rum-

bido con que Bill había acogido aquella prueba de su escasa astucia psicológica.

— No me importa que usted lo crea o no. Es la verdad y me basta — respondió el millonario con sencillez.

— ¿Cree usted que somos tan bobos? — apoyó Flamigan a Johnson, pero Bill le hizo retroceder a segundo término.

— Tranquilese. No le hemos acusado de nada — se corrigió Johnson al advertir este ademán de su rival.

Percebieron un revuelo en el pasillo y la señora Nacelle, empujando a dos guardias y a un botones, penetró en la estancia. Nacelle estrechó entre sus brazos a su esposa y el botones intentó excusarse.

— Traté de impedirle que subiera, pero no me hizo caso.

— ¡Oh, Arturo! — suspiró la señora Nacelle, despreciando a los espectadores—. ¿Estás bien? He pasado mucho miedo por tí.

— No te asustes, ¿verdad? — recomendó su esposo con cariño.

— ¡Oh, querido!... ¿Por qué lo hiciste? Te ha perdido tu carácter, ¿verdad?

Esa inesperada exclamación debilitó el abrazo de Nacelle y tuvo un sordo

eco en la policía, que vislumbraba el alcance de la sugerencia que la señora había lanzado arteramente a sus espíritus. Pero la mujer, fingiendo reponerse de un mal paso, se encaró con ellos y gritó apasionada:

— ¡No quise decir eso!

Johnson la separó de su camino, en donde simulaba querer defender a su marido con su cuerpo, y agarró al consternado Nacelle por un brazo, diciendo irónico:

— ¡Ya lo hemos comprendido!

— Yo no he dicho nada. Usted le averiguará — insistió la faltar mujer —. Nosotros no conocimos a Croy hasta la otra noche. Créame.

— Tranquícese, señora — aconsejó Johnson —. Viene con nosotros para hacerle unas preguntas.

La señora Nacelle quedóse fingiendo un pesar que, como es de suponer, estaba muy lejos de sentir. Bill envió una última mirada al cadáver y a la mujer que gimoteaba, deslumbrada, como su marido, por las lámparas de los fotógrafos.

Sin embargo, la detención de Nacelle únicamente sirvió para demostrar a la policía la hostilidad con que había sido recibida por la Prensa y el público en general, pues en resumidas cuentas el misterio no fué resuelto. Así, pues, no es de extrañar que, a pesar de sus burlas, Johnson aceptara la sugerencia de Bill de probarle cómo había sido cometido el asesinato de la joyería.

Una vez hubieron marcado las agentes el camino seguido por Davis al entrar en el despacho de los archivado-

res, mediante el expediente de plantar el anelo con cal, Johnson se encaró con Bill, que estaba sentado en una mesa, y le animó a exponer su teoría. Bill no necesitó que se lo repitieran dos veces.

— Sabe que Davis se dirigió desde aquí hacia aquel archivador. Según lo que indican estas pisadas — explicó señalando las huellas sobre las que andaba —, Davis estaba a unas doce pulgadas de este mueble cuando le dispararon.

— Claro, ¿y qué más? — bromeó Johnson en medio de una risotada general.

— Si hace callar a este orfón un momento, tal vez no le sea difícil comprender — le concedió Bill, congratilándose de haber descubierto el billete que llevó a la muerte a Davis.

Se hizo inmediatamente el silencio y reanudó su relato:

— Conocemos la trayectoria de la bala, la cual tuvo que ser disparada por alguien que estuviese enfrente de Davis.

— Si sigue así descubrirá usted la pólvora. Reardón. Sabemos todo eso.

Pero no había abarcado la idea de Bill. Era la siguiente: Si Davis, como estaba probado, había sido herido en el pecho, vuelto hacia el mueble, y entre éste y la víctima sólo existía la exigua distancia de doce pulgadas, ¿cómo era posible que hubiera acontecido su muerte? ¿Existía por ventura alguien tan terriblemente delgado para interponerse entre Davis y el archivador, amén de poder alzar la pistola, sin ser visto?

— Está bien, está bien... — dijo Bill.

dominándose—. Y para disparar, el asesino tenía que estar colocado necesariamente en el espacio comprendido entre Davis y el mueble. ¿Quién supone que fué? ¿Uno de los siete enanitos?

Esta vez no se rieron los policías. Cuanto decía Reardon era verdad. Johnson así lo apreció. Sin embargo, era absurdo y lo absurdo no puede producir causas tan reales como aquella.

—Mire, Reardon, esto no lo acepta ni en las novelas. Pero estamos en familia y estoy dispuesto a escucharle... ¿Por qué no se me ha ocurrido a mí? —se preguntó Johnson en sus baja.

—Todavía hay más. Le enseñaré algo que tampoco se le había ocurrido —y Bill llamó a su ayudante—. Oiga, Flamigan. Colóquese allí. Siga las pisadas hasta llegar al mueble.

Flamigan le obedeció, poniendo sumo cuidado en pisar exactamente las huellas. Ante el archivador, o sea, sobre las últimas pisadas, se volvió hacia su jefe, quien le mandó:

—Quédese ahí quieto... Ahora el segundo cajón.

Tiró Flamigan de él. Algo le golpeó el estómago y una estruendosa detonación llenó el despacho de olor a pólvora. Flamigan yacía en el suelo, pero anteriormente había aullado:

—¡Me ha matado!

La rápida escena, el grito de Flamigan, el revólver, cuyo cañón sobresalía sobre el borde del cajón, atontaron a los policías. Recobrados de su sorpresa, se precipitaron sobre la víctima, atropellándose, dando órdenes confusas. Bill

intervino alejando a los policías de su ayudante.

—Apártense, déjenle respirar — ordenaba.

Flamigan, en vista de que no lo hacían, levantó un párpado y con la mano en el estómago, exclamó:

—Déjenme respirar. ¿No han oído al jefe?

—¿Cómo se encuentra, amigo? — se interesó Bill.

—Muy bien. Igual que si estuviera vivo — contestó el «muerto» con voz de ultratumba.

—Bueno, levántese — dijo, tirándole de los brazos—. Vamos, arriba. No tiene usted nada.

Flamigan se asombró al notar que se mantenía en pie y se palpó el cuerpo.

—¿Está seguro?

—Sí. Sequé las balas y dejé sólo la pólvora.

—Entonces, ¿por qué me asusté tanto? — gruñó Flamigan.

Johnson trataba de disfrazar su desconcierto y estudiaba, rodeado de sus hombres, el artificio dispuesto por el asesino. Flamigan salió a respirar aire puro y Bill hendió las filas de policías, aproximándose a su rival que le esperaba:

—¿Bh?... ¡Vaya un sistema para matar gente! Me gustaría patentarlo—cerró el cajón y dijo a los agentes —Esto estará terminado en seguida. Vamos, muchachos, haremos la detención antes de que salga la prensa.

—Pero, Johnson — protestó Bill deteniéndole—. ¿Dígame de quién sospecha!

—Pues... de la persona que haya he... he... he... — tartamudeó—. Oiga, hay una serie de cosas en las que no había pensado... ¿Quién habrá puesto eso en el archivador?

—Pues yo se lo podré decir a usted para que lo mande publicar, si me guarda el secreto y me da veinticuatro horas — y como Johnson se opusiera, continuó persuasivo: —Oiga, Johnson, me interesa. Ya ve que lo he ayudado. Concédmame sólo veinticuatro horas. Lo podrá usted dar a la prensa y todo el éxito será mío.

Johnson se mordió los labios, sosteniendo una lucha en la que pesaban contrarios el amor propio, el orgullo y el sentimiento del deber. Por último, se decidió y se encará con sus hombres.

—Ya lo sabéis, muchachos, ni una palabra... Bueno, Beardon, de acuerdo —aceptó estrechándole la diestra.

Bill recobró a Flamigan en la parte superior de la escalera. Su ayudante estaba en el estado de un resucitado. La proximidad de la muerte le había despejado el magín y mostrándole las cosas bajo otra luz. Por consiguiente, a medida que descendían, relató a su jefe:

—¿Sabe lo que estaba pensando cuando estaba en el suelo? Me alegro de tener un seguro a favor de mi mujer y los chicos. No es que eso me consuele mucho... Casi siempre la mujer se casa otra vez, eso es casi seguro, y los chicos malgastan el resto — y con renovadas energías, aseguró: —Oiga, jefe, como que empecé a arrepentirme. La única que yo sé es trabajar toda

la vida para dejarles unos billetes y que ellos vivan sin privaciones y se rían del desgraciado que se preocupó por ellos... ¡Esa es la gratitud que tienen!... ¿Sabe lo que he decidido, jefe? Voy a hacer cancelar en seguida esa póliza...

Un taxi frenó delante de los dos detectives y descendió de él Sally con visibles muestras de excitación. Bill la miró con reparo y su escrúpulo se patentizó inmediatamente.

—Pero, ¿qué haces tú aquí?

—Bill, es que tengo una pista — declaró filandando un sobre.

Su esposo envió al cielo un suspiro de irritación y de impaciencia conyugal, acentado por Flamigan, que aquílataba su punto de vista.

—¿Una pista? — gruñó, poniéndole las manos sobre los hombros—. Oye, Sally, no tengo tiempo de seguir tu pista. Si no ha resuelto este caso mañana, nos quedaremos en la calle.

—Pero es importante, te lo aseguro —y cambió de tono al decir: —Págame el taxi, ¿quieres?

—¡Oh, muy bien, muy bien! — rebufó Bill sin hacerlo—. No te privas de nada y mañana tendremos que pedir crédito a la Compañía de Tranvías.

—No protestes y lee esta carta — rió Sally.

—Oye, Sally, vete a casa, haz el favor... Escucha, te encontrarás con un paquete de Babylandia que me costó 83 dólares con 75. Es algo magnífico — mencionó, entrando en el taxi.

—Oh, espera! ¿Quieres leer esta nota, Bill?

—Sally, no quiero perder el tiempo leyendo tu correspondencia. Tengo mucho trabajo. Oiga usted, Flamigan, qué dese aquí con ella. No la deje usted ni un segundo, dondequiera que vaya.

Y esta recomendación no se debía a su amor, sino completamente a sus intereses detectivescos. Sin hacer caso a ninguno de sus dos interlocutores, Bill cerró de un golpe la portezuela del taxi y mandó al chofer que arrancara. Sally, al verse plantada, dió una patada al suelo y gritó estérilmente:

—¡Eres el hombre más tonto que he conocido!

—El no es el único que hay en la familia — repuso Flamigan por Bill.

—Pero es que debía leer esta nota... Trame, Meta usted — ofreció.

Flamigan, con aire de suficiencia, desplegó el papel y leyó lo siguiente:

«Si desea recobrar los brillantes robados a la joyería Nacelle, registre el departamento de su propiedad. Los hallará en la caja disimulada en la pared del vestíbulo, debajo de un grabado. Un amigo».

Flamigan devolvió el billete con una risotada.

—Recibimos docenas de estos anónimos. Todos se creen con derecho a escribirlos y siempre se trata de bromas.

—¡Pero esto no es broma, estoy segura! ¿No le gustaría ver el asombro de Bill si fuéramos al piso de Nacelle y encontrásemos algo de importancia?

—No, me parece que no le gustaría,

señora Heardon, y le advierto que no soy tan tonta como cree.

Obedeciendo las órdenes de su jefe, la persiguió como si fuera su sombra. Al llegar a una esquina, Sally, furiosa por su fracaso, le miró de hito en hito, y le interrogó:

—Diga, ¿qué ocurriría si diéramos un gran paseo con este calor hasta que se quedara rendido?

Flamigan hizo una mueca de contrariedad, pero se encogió de hombros.

Había menospreciado la resistencia de Sally, que intentaba fatigarle para quedar libre de su presencia. Caminaron por la ciudad, entrando y saliendo en los establecimientos más dispares, durante dos horas. Varias veces frustró Flamigan las intenciones de Sally de hurtarse a su vigilancia.

Al cabo de las dos horas y ya cercana la tercera, Flamigan estaba desesperado y Sally también, aunque lo disimulaba esperanzada. Se paró, pues, junto a la entrada de una tienda y preguntó a su «sombra»:

—¿Está usted cansado, señor Flamigan?

—Sí, pero me aguanto, señora — jadeó el sabueso.

—Debe usted pasar muy mal rato, ¿verdad? — compadecióse—. ¿Por qué no ooge un taxi y se marcha a casa?

—Aunque estuviera muriéndome, señora, y aunque anduviera usted durante tres meses, yo la seguiría hasta el fin — se obstinó Flamigan.

Pasada la tercera hora de la caminata, los dos estaban sin fuerzas. Se pusieron de acuerdo y con gran alivio de

ambos tomaron el metro. Sally ocupó un asiento y Flamigan se situó ante ella, desplegando un periódico. En la estación siguiente, una muchedumbre enorme invadió el vagón, apretujándose como sardinas en banasta. El periódico de Flamigan fué apabullado, pero resumió su lectura sin una queja.

Arrancó el metro y dos mecanógrafas, aplastadas contra Flamigan, comentaron la vida sentimental de ambas, hasta que un bandazo del vahoiento arrojó al detective sobre la que llevaba la voz cantante, que se volvió a él hecha un basilisco. Excusóse el detective y otra curva le proyectó sobre la irritable mecanógrafa, que puso el grito al cielo.

—Tendré que marcharse de aquí, ¿me oye?... si sigue empujándose de esa manera.

—Oiga, señorita, no pretendo molestarla para nada y le pido que no me moleste — respondió Flamigan agresivo—. Le agradeceré que no vuelva a dirigirme la palabra, ¿oye?

—¡Por el tono de su discurso parece que quiera burlarse!

—¡Es lo único que tenía que decirle! ¿Quiere algo más?

—Lo único que no quiero es continuar esta discusión — ¡avisó a su compañera, dándole la espalda—. Im-

agina, al principio del trayecto y ya se nota que es un fresco.

Sally había presenciado el altercado sin decir esta boca es mía, pero entendiendo el partido que podía sacar del carácter batallador de la enemiga de Flamigan, pasó a aquella un dedo por la espalda, arrancándole un grito. La mecanógrafa, prodigando los epítetos, añadió una bofetada a Flamigan, a la que se sumó otra de su amiga, enterada ya de la supuesta osadía.

—¿Qué les pasa, chicas? — intervino un hombre hercúleo—. ¿Ha intentado propasarse con ustedes?

—¡Intentarlo?... — le gritó la ofendida—. ¡Lo consiguió!

El hombretón apretó con sus manazas el cuello del pobre Flamigan, secundado por otros caballerescos pasajeros, que le golpearon el rostro y le hundieron el sombrero hasta las cejas. Todavía duraba el escándalo, cuando el metro se detuvo en la estación próxima. Sally aprovechó el desconcierto reinante para escabullirse sin ser vista. Un guardia la sorprendió en la salida y la detuvo.

—¿Pero qué es lo que pasa ahí dentro?

—¡Yo no sé!... No sé absolutamente nada—mintió.

¡Ya era libre de comprobar la veracidad de la nota!

CAPÍTULO VI

EL TRIUNFO DE LOS REARDON

Mientras la ira y el escándalo públicos se cebaban en su desgraciado auxiliar por obra y gracia de Sally, Bill estaba en la Brigada de Investigación criminal en compañía de Johnson, con quien había tenido una fructífera charla. Concluida ya, Johnson pulsó el zumbador de su mesa e inquirió:

—¿Tardará mucho en subir Crenshaw?

—No, señor, debe estar al llegar—fué la respuesta.

Corrió Johnson el micrófono y miró a Bill, que, sentado en una esquina de la mesa, balanceaba un pie muy seguro de sí mismo al parecer.

—A ver si tenemos más suerte esta vez — suspiró el policía.

—Eso espero—replicó Bill—. Stone ha intentado hablarme hoy por teléfono repetidas veces. Me imagino que será para quitarme el asunto y despedirme.

Dos agentes de uniforme entraron, llevando en medio de ambos a Crenshaw, al que su prolongado encarcamiento no había hecho mella alguna. Johnson indicó a los policías que aguardasen fuera y ofreció asiento al preso en una silla cercana a su escritorio. Bill

se encargó de hacer las presentaciones.

—El señor Johnson es el alma de la Brigada y representa al distrito. Yo represento a la Compañía de Seguros. Si quiere usted, podemos llegar a un arreglo.

Advirtiendo que Crenshaw hacía un gesto de incompreensión, Johnson lanzó la palabra, inclinándose en su dirección, y aclaró paternalmente:

—Oiga, Crenshaw. Las pocas joyas que usted se llevó no son nada comparado con el crimen y el robo de anoche.

—Si no estuviese detenido, también me hubieran acusado de eso.

Bill hizo un ademán a Johnson y se interpuso un momento entre ambos.

—No, no, es que usted nos puede ayudar en lo del asesinato — dijo Bill.

—Escuche esto: Si usted nos ayuda y habla, tanto la Brigada como nosotros podremos la suspensión del procesamiento dictado contra usted...

—No puedo decirle nada, por la sencilla razón de que nada sé — le interrumpió Crenshaw—. ¡Soy inocente!

Johnson y Bill cambiaron una mirada. Si Crenshaw se obstinaba en su silencio estaba todo perdido. Los dos

detectives se confesaban apurados y suplicaban al Cielo que los iluminase. Bill tornó a insistir:

—¿Alguien se ha burlado de usted, Crenshaw? ¿No comprende que desperdicia una gran ocasión?

Crenshaw continuó muda. El teléfono lanzó su vibrante aviso y Johnson contestó a la llamada, pasando el aparato a Bill.

—Para usted, Reardon.

Se puso al aparato Bill, perplejo por la testarudez del preso, y se estremeció al oír la voz que hablaba al otro lado de la línea. Era Stone.

—¿Reardon? Aquí Stone. Le he estado buscando durante todo el día. Siempre mucho lo que le voy a decir...

—¡Ah! ¿Sí?... ¿Está seguro—fué la incongruente contestación.

La faz de Bill resplandecía, como notaron Johnson y Crenshaw. Y resplandecía porque había tenido una gran idea, la idea salvadora, y dijera lo que quisiera Stone, su optimismo no le iba a perjudicar.

—¿Seguro de qué?... ¡Si todavía no he dicho nada!... Tengo que prescindir de usted. Crea que lo siento mucho, pero su resultado...

—¡Estupendo, estupendo! ¡Es un gran éxito! Escuche, procure que no se le escape.

—Pero, Reardon, ¿qué es eso?—protestó Stone—. ¿De qué está hablando usted? Oiga, nunca consigo comprenderle cuando hablamos por teléfono.

—Como se escape le despidió a usted! ¡Puede estar seguro de eso!

—¿Quién se escapa? Reardon, usted

está loco y me está volviendo loco a mí también...

Bill interrumpió la comunicación con una amplia sonrisa en los labios, que empezó a intranquilizar a Crenshaw, como advirtió. Encaróse con Johnson, que estaba a la expectativa, y le ordenó:

—Está bien, adelante! Llame a Mac Yntyre. Ya le dije a usted que no necesitamos la ayuda de Crenshaw. Esto está completamente claro. La Nacelle se asustó y ha huido.

Johnson hizo justicia a su fama, entendiendo la añagaza de Bill inmediatamente. Conectó el micrófono y nombró al policía necesitado, por Bill; una vez Mac Yntyre contestó al aviso, Bill ordenó con la rapidez de una ametralladora:

—Mande a todos los aeródromos de la ciudad y del país una descripción detallada de la señora Nacelle. La acompaña un hombre.

—Quiere escapar a la frontera, ¿eh?... —exclamó Johnson—. Y marchar a Méjico.

Bill desconectó el micrófono a esta pregunta y habló según la hipótesis que había elaborado sobre el asunto. El rostro de Crenshaw le demostró que cada una de sus sacas, especialmente la del acompañante masculino, daba en el blanco. El preso había palidecido terriblemente y se mordía los labios, atendiendo con avidez singular dada su inocencia.

—Sí, los muchachos que la persiguen tienen todos los datos del hombre que la acompaña y también caerá...

— ¡Tenía usted razón de que era esa mujer! — alabó Johnson.

— Sí. Ya le dije que trataba de burlarse de usted, Crenshaw. Le han dejado en la estacada.

Su mordaz acento hizo que Crenshaw se levantara de golpe, muy agitado, y se asiese convulsivamente del borde de la mesa, protestando:

— ¡Está bien, lo diré todo. Ellas no intentaban escapar a Méjico. Compraron los billetes de avión para no despertar sospechas... Lo que quieren es embarcar para Montreal.

— Ya puede empezar a actuar, Johnson. Hay que impedir que se escape con su compañero.

— Pues no se saldrá con la suya. En esos robos yo era cómplice de la señora Nacelle y si fui a su oficina fué para despiertarle.

Bill sacudió la cabeza afirmativamente y se metió la mano en el bolsillo sacando la carta que ocasionó la muerte de Davis.

— ¡Va entiendo!... — murmuró antes de tenderla. — ¿Y quién escribió esto?

— ¡La señora Nacelle!

Johnson abrió unos ojos como huevos, estupefacto por la maldad y la astucia de aquella mujer. Todo era diáfano como un cristal.

— Claro, y preparó aquella para matar a Davis y quedarse con el negocio.

— No, no, eso que está usted equivocado. Fue un accidente, ¿verdad, Crenshaw? — inquirió Bill.

— Sí. Quería matar a Croy — confirmó el aludido, sobresaltando a Johnson.

— Croy debía disponer de las joyas robadas. Sólo que exigió demasiado... Ella le dejó en el guardarropa del Club la llave del archivador y una nota diciéndole dónde estaban. Davis sospechó y cogió la nota suplantando a Croy.

— Y al seguir las instrucciones de la nota, recibió el tiro... — completó Bill, un poco innecesariamente, para apabullar a Johnson.

Este sacudía la cabeza afirmativamente a cuanto oía, aun cuando su fracaso le roía el pecho. Puesto sobre la pista, tuvo una ocurrencia:

— Oiga, ¿debe haber matado también a Croy?

— ¡Naturalmente! — contestó Bill, y se refirió a Crenshaw: — Ha tenido suerte usted también.

Crenshaw asimiló esta advertencia. Pero, de pronto, le agarró por un brazo y lo sacudió. Bill le contemplaba asustado de su profundo cambio.

— A su mujer le ha preparado lo mismo — gritó el preso: — Sí... Le envió un anónimo, diciéndole dónde están las joyas. Si ella hace caso, morirá como Croy.

— ¡Caramba! — suspiró Bill, pero disipó sus temores: — ¡Gracias a que Flaminigan está vigilando a Sally!

Johnson dejó de tomar notas, destinadas a su informe y a la Prensa, y se unió a Bill, que miraba la calle desde la ventana, palmoteándole la espalda.

— Bueno, Reardon, esto lo deja todo casi aclarado... ¡Si pudiésemos encontrar a la señora Nacelle!

Crenshaw se levantó de un hito y lo estrujó entre sus brazos, cuya fuer-

za centuplicaba la rabia de haber sido engañado.

—Pero usted dijo que estaban sobre su pista!

Bill y Johnson le empujaron hacia su asiento, teniendo la sensación de que habían cometido una falta grave contra la lealtad del muchacho. Después le sonrieron y Bill apoyó una mano en el hombro de Crenshaw, consolándole:

—Síntese, síntese... Ha sido una mentira inocente...

Crenshaw no pudo pasar más adelante en sus vituperios, porque en la entrada de la oficina apareció Flamigan. Mejor dicho, lo que quedaba de Flamigan, que, con el sombrero abollado, el cuello de la camisa retorcido y un ojo acardenalado, anduvo cansinamente hacia su superior.

—¡Hola, jefe!

—¡Hola, Flamigan!...—pero recordó que Flamigan no debía estar allí: —¿Dónde dejó a Sally?

—¡Pues no lo sé! —respondió inquieto.

—¿Leyó usted la nota que quería enseñarme?

—¿La de ir al piso de la señora Nacelle!

—¿Decía eso? —se horrorizó Bill—. ¡Non más!... ¡Vamos!... ¿Qué le pasa?

Esta última pregunta procedía de la lentitud con que caminaba el desgraciado Flamigan, que no había alcanzado la puerta, cuando su jefe había ya devorado todo el pasillo y le tuvo que aguardar.

—Oiga, jefe, estoy rendido —gimió



Sally, entretanto, se personó en el edificio en que estaba emplazado el departamento de los Nacelle. Disimuladamente llegó a él. La puerta estaba sellada, pero éste no era un obstáculo para una joven tan emprendedora como ella. Atisó en varios sentidos y extrajo una llave de su bolso. Después de varios intentos, tuvo que convencerse de que no servía.

En el extremo del pasillo, correspondiente a la parte trasera del edificio, había una ventana. No era muy arriesgado suponer que por ella alcanzase una entrada más practicable. Saltó al otro lado de ella. En efecto, había un balcón. Reteniendo el aliento, aguzó el oído y pegó su rostro a los cristales. No había nadie.

Con un ligero movimiento levantó la guillotina de la ventana y saltó al interior. Tras de consultar el anónimo, se encaminó al tabique que tenía delante y perdió un tiempo precioso golpeando todas las aplicaciones de madera en forma de cuadrado, que tenían colgadas un grabado...

Flamigan y Bill inducían nerviosamente al conductor de un taxi a burlar todas las leyes del tráfico. Se metieron entre dos automóviles, rozaron a un

tranvía y chirriaron los frenos ante la morada de los Nacelle.

— ¡Espere! — gritó Bill, desapareciendo.

No aguardaron al ascensor y subieron los escalones de cuatro en cuatro. Los sellos de la puerta del departamento estaban intactos. La corriente de aire, originada por la abierta ventana del pasillo, asució los visillos, haciendo que Bill reparase en ella. Un segundo más tarde, ambos hombres la salvaron...

Sally había llegado a la aplicación que ocultaba la caja y percibió que vacilaba al apoyar en ella las manos. Dejó el bolso sobre una mesita y tornó muy risueña al escondite de los diamantes... de la muerte. Presionó con más vigor...

Bill cogió un jarrón de un estante y lo lanzó contra la uña de su esposa, que cayó sin un gemido, en el mismo momento en que explotaba siniestramente el cañón del revólver. Sin hacer caso de la trampa, se inclinó y levantó a su mujer, tumbándola en un diván.

— ¿Está herida? — preguntó asustado Flamigan.

— No lo sé... — de repente se echó a reír — ¡Pílese usted en su sombrero!

—¿Mi sombrero? ¿Qué le pasa a mi sombrero?

Se lo quitó. Un tremaudo, por lo cercano, orificio indicaba que el proyectil lo había atravesado de parte a parte! Flamigan casi se desmayó, pero el timbre del teléfono no le dió tiempo a ello. Era Johnson que suplicaba que Bill le contestara.

—Diga... Sí, no ocurrió nada. Llegamos a tiempo... ¿Conque la señora Nacelle?

—Sí, está aquí, en la oficina. Quiere verme. ¿No cree que es algo raro?

—Ya... ¡Claro! ¡Es para evitar que sospechemos! — gritó Bill—. ¡Claro! Si estaba en su oficina cuando Sally se hallaba aquí, no podemos acusarla de nada... No, no, Johnson. Atiéndala bien y luego déjala que se vaya. Estoy seguro de que vendrá para ver si ha funcionado el mecanismo y entonces tendré la prueba para cogerla in fraganti...

Los minutos siguientes los ocupó en hacer recobrar el sentido a su esposa, la cual, al abrir los ojos, se puso a llorar y a gemir frotándose la nuca. Bill se desahogó por tranquilizarla y al ir amainando sus lamentos, empezó a pensar en cosas más capitales, proponiéndola:

—Lo que te pido es muy sencillo... ¡Vamos a jugar a que tú estabas muerta!

Sally dió un respingo y recuperó su usual vivacidad.

—Mira, ese juego no me gusta. Me duele mucho — agregó por la nuca —. ¡Llévame a casa, Bill!

—Escucha, es sólo un momento y tienes que hacerlo. Es la ocasión de coger con las joyas a la señora Nacelle. Johnson la ha dejado salir y ella vendrá aquí para poder contemplar tu cadáver... No, Sally, no tienes nada que temer, te lo aseguro. Flamigan y yo estaremos vigilando desde el cuarto de baño. Escucha, lo único que tienes que hacer es echarte ahí, en el suelo. Nosotros nos encargaremos de sorprenderla cuando entre.

—Sí, pero que conste que no me gusta.

Bill ayudó a Sally a tumbarse en el suelo y al protestar ella de su dureza puso un almohadón bajo su cabeza. Pero luego, comprendiendo que un muerto no se preocupa tanto de su comodidad, rectificó, quitó el blando objeto y medio se incorporó, preguntando:

—¿Has entendido de qué se trata? — insistió.

Flamigan, obediendo a su gesto, entró en el cuarto de baño, no muy contento del papel que le asignaban. Sally, temerosa, preguntó:

—Sí, pero ¿qué tengo que hacer?

—La único que tienes que hacer es quedarte quieta y cuando venga la Nacelle nosotros la cogaremos... ¡Es muy sencillo!

—¡Sencillísimo! — corroboró una grave voz femenina.

La señora Nacelle estaba en la puerta con una pequeña pistola firmemente empuñada. Avanzó hacia ellos, que se incorporaron a unísono. Los ojos de la

criminal destellaban acorados, buriones, implacables, al añadir:

—Siento tener que interrumpir, pero no estoy conforme con el papel que me asignaban en este melodrama.

Bill escuchó con su cuerpo el de Sally y retrocedieron hacia el diván, perseguidos por la señora Nacelle. El detective adivinaba, mejor dicho, tenía la certeza de que el desequilibrado y ambicioso cerebro de aquella mujer había dictado su muerte. Únicamente podía hacer una cosa y era ganar tiempo.

—Señora Nacelle, creo que no es conveniente que se quede usted aquí. Dentro de un momento llegarán varios detectives.

—Uno que me persigue no podrá venir—fué la sombría respuesta.

—¡Oh!—soltó Sally.

—Debe usted escaparse... Es la única ocasión que le queda...

Flamigan, desconocedor de la tragedia que se desarrollaba a pocos metros de él, se afeitaba con una maquinilla eléctrica en el cuarto de baño. Tan absorto y contento estaba en esta operación, que no advirtió la disputa que acontecía en el salón y en la que comenzaba la señora Nacelle a llevar la voz cantante, ya que dijo:

—Estoy muy harta de ustedes y no quiero que me estorben.

La asesina salió con más firmeza el arma y la levantó contra ellos. Flamigan salió entonces del cuarto de baño, con la maquinilla de afeitar en la mano. Su salida fué tan silenciosa que la

señora Nacelle no se dió cuenta de su presencia hasta que dijo:

—Diga, jefe, ¿usted nunca...?

La señora Nacelle se volvió con la alacridad de un áspid e hizo fuego contra el aturrullado Flamigan, cuyo sombrero fué por segunda vez agujereado en aquel día. Mientras su ayudante se tambaleaba estupefacto, Bill cerró sus dedos de acero en torno de la muñeca de la asesina, le arrancó fácilmente la pistola y proyectó a la mujer contra el diván.

Precisamente aquel fué el momento escogido por Johnson y sus huestes para aparecer. En un abrir y cerrar de ojos se hizo el policía cargo de lo acontecido y ordenó a sus hombres tener muy despierta la atención.

—Parece que hemos llegado en el momento oportuno—comentó.

—Sí, aquí tiene usted su encargo para poder llevarlo a su casa.

Bill le pasó la pistola e indicó a la señora Nacelle como corroboración de sus palabras. El policía la contempló con curiosidad, mientras Sally, muy orgullosa de su marido, se cogía de su brazo y lo estrechaba amorosamente.

—Los fotógrafos vienen conmigo—carrapeó Johnson.

—No olvida un detalle, Johnson—ríase Bill—. Todo está resuelto. Encárguese de los titulares.

Se guiñaron un ojo y el policía estudió el hermoso rostro de su distinguida presa, cuyos dientes rechinaban movidos por la ira.

—¡Qué lástima que haya mujeres así!—exclamó.

—Sí, pero nacen otras a cada minuto— contestó Sally luminosamente.

—¡Claro!—aseveró su marido, arrastrándola hacia la salida.



A poco de estar el matrimonio Reardon en su apacible piso, testigo de tantas peripecias, se presentó un empleado de Babilonia, empujando un enorme paquete. Bill, radiante de felicidad, contó uno tras otro los ochenta y tres dólares con setenta y cinco centavos que llevaba la factura y depositó una buena propina en la mano del empleado.

—¡Babilonia le saluda! — dijo el empleado, haciéndolo marcialmente.

Bill cerró la puerta y arrastró el paquete hasta Sally, que le observaba consernada y, sobre todo, horrorizadísima. Sin decir una palabra, Bill quitó los papeles y cordones que lo protegían, poniendo de manifiesto una hermosa cuna llena de lujosas prendas infantiles.

—Oye, no creí haber encargado tantas cosas, Sally.

—Bill... — tartamudeó su esposa.

—Aunque me parece que todo habrá salido — y exclamó, levantando un pa-

ñal—: ¡Azul, mira!... Eso quiero decir que será varón, ¿eh?

—¡Bill!... Oye, ¿me quieres, Bill?— dijo Sally, retorciendo sus dedos.

—¿Cómo que si te quiero?... ¡Oh!... —contestó, abrazándola.

—Es que me tienes que querer mucho, porque tengo que decirte una cosa.

—¿Qué es, nena?

Sally tragó saliva, titubeó, pero Bill continuaba sonriendo, encantado de su turbación.

—No debes apurar... ¡Oh, Bill!... ¡No te enfades!

Las facciones de Bill se habían petrificado. Soltó los papeles que estaba contemplando y casi se precipitó sobre su esposa, aunque esta vez la desilusión era demasiado tremenda para que lo pudiese en práctica.

—¿Qué no debo...? ¡Oh, sí!... Durante todo este tiempo te lo he estado perdonando todo porque creía que era verdad... ¡y ahora resulta que no! — protestó con amargura—. Si lo hubiese

H A V U E L T O A Q U E L L A M U J E R

sabido... ¡Ochenta y tres dólares con gusto la había vuelto loca y la atajó antes de que llegara al dormitorio.
—¡Eh!... ¡Te equivocas de camino!

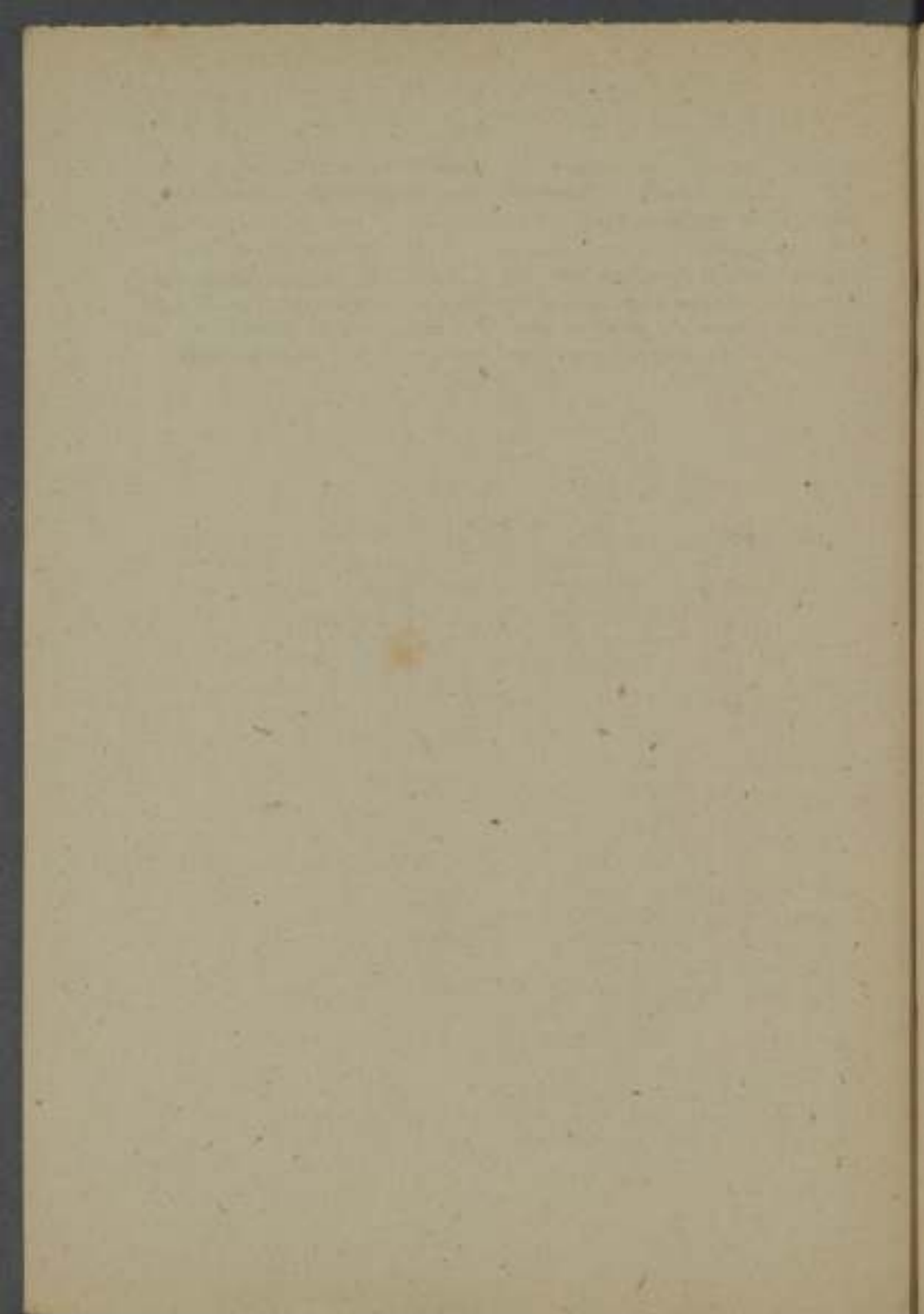
Dió un empujón a la cuna, que tambaleó antes de chocar con Sally. Bill se pasó de espaldas a ella, que se pasó en pie y arrastró el regalo en dirección de su alcoba. Bill creyó que su dis-

—¿Tú crees?—le respondió.

Bill exhaló un grito inarticulado y pasó su brazo por la cintura de Sally.

Porque bien lo merecía. Se había burlado de él. Y burla burlando...

P I N



NUEVA COLECCION DE GRAN EXITO

PELICULA GRAFICA

TITULOS PUBLICADOS

1. El signo del Zorro, por Tyro-ne Power.
2. El libro de la selva, por Sabú
3. ¡Qué verde era mi valle! por Walter Pidgeon.
4. El hijo de Montecristo, por Louis Hayward, Joan Bennett y George Sanders.
5. El capitán Cautela, por Víctor Mature, Bruce Cabbott y Leo Carrillo.
6. Estudiantes en Oxford, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
7. Cumbres borrascosas, por Lawrence Olivier, Merle Oberon y David Niven.
8. La jungla en armas, por Gary Cooper y David Niven.
9. El ladrón de Bagdad, por Sabú
10. Marineros a la fuerza, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
11. Esmeralda, la zángara, por Charles Laughton y Maureen O'Hara.
12. Tarzán y la Diosa, por Herman Brix.
13. La quimera del oro, por Char-lot.
14. Hace un millón de años, por V. Mature, Carole Landis, Lon Chaney, Jr.
15. El alegre bandolero, por Nino Martini, Ida Lupino, Leo Car-rillo.
16. Texas, por William Holden, Claire Trevor.
17. El hijo de la furia, por Tyro-ne Power, Gene Tierney, etc.
18. La tía de Carlos, por Jack Benny, Kay Francis, James Ellison, etc.
19. Sendas siniestras, por Ran-dolph Scott, Kay Francis, Brian Donlevy, etc.
20. ¡Qué par de locos!, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
21. Guadalcanal, por Preston Foster y Lloyd Nolan.
22. Jack, el destripador, por Mer-le Oberon, George Sanders y Laird Cregar.

¡¡Inmejorable presentación!! ¡¡Numerosas fotografías!!

PRECIO: 1 PTA.

Títulos varios en existencia

SERIE "TRICOLOR"

PRECIO: DOS PTAS.

Reinas de Nueva York, por Jackie Cooper y Martin Bellman.
Amor mortal, por Lillian Harvey y Louis Jouré.
El castillo y la torre, por Basha Moreno.
Redención, por Warner Baxter y Wallace Berry.
Cuando me siento sola, *Rebeca de astrona* y *Castro revuelto* (Serie Tricolor).
El secreto de Chín, *Charlie Chan en la pista*, *Charlie Chan en la Opera* (Serie Tricolor).
Miss Wong en el Suroeste Chino, por Boris Karloff.

PRECIO: DOS PTAS.

Bajo dos banderas, por Claudette Colbert y Ronald Colman.
El nequedado, por Felipe y Lucien Baroux.
Cartas de baile, por Marie Bel, Harry Hunt y Helma.
Decree intruso, por George Sanders y H. MacQuinn.
Cuando se mira, por Jane Withers.
La cura sin fin, por Victor Francen y Marcelle Chantal.
Espectro de la vida, Rôwige Frühlère.
Se ancha en las periódicas, por Margaret Lockwood, Harry Harvey.
Adorable intruso, por Jody Canova.
Eso que llamamos amor, por Annabella y Harry Ponda.
Una entre un millón, por Sonja Henie y Dan Aykroyd.
Cuando de gloria, por Libertad Lamarque.
El sabiduría del amor, por Gina Cervi y Luisa Ferris.
La ley ancha, por Micheline Presley y Marcelle Chantal.
Válida al amor, por Olive Brook y Anna Lee.
La vida de Carlos Gardel, por Hugo del Carril.
Por otro mundo, por Barbara Stanwyck y Herbert Marshall.
Luz en las tinieblas, por Alida Valy y Fosse Giacché.
Melodías de guerra, por Gina Cervi y Conchita Montenegro.
Número de una noche, por Sabina Olinos y Enrique Aniceto.
Lidia, por Marie Omeron.
Chicago, por Tyrone Power y Allen Faye.
Rancho la Jirada, por Emma Gramatica e Ina Pula.
El joven Edison, por Mickey Rooney.
Angel, por Charles Rorer y Nady Lamars.
El explorador perdido, por Bennett Tracy.
El mundo está loco, por Myrna Loy y William Powell.
Solo se vive una vez, por Henri Fonda y Sylvia Sydney.
Elizabetanense, por Charles Lumsden y James Stewart.
El segundo de los parquís, por Gary Cooper.
El castillo de las miserias, por Boris Karloff, Bela Lugosi y Peter Lorre.
Rules de fuego, por Gary Cooper y Barbara Stanwyck.
Vivieron los Duques, por Tyrone Power, Myrna Loy y George Brent.
Ella y su secretaria, por Ronald Bruce. Fred Mac Murray.

Una gran señora, por Barbara Stanwyck y Joel McCrea.
El rey de los mapas, por François Tuna.
Esposa, amante y asesina, por Lucetta Young.
Warner Baxter y Virginia Bruce.
Sueño, por Tyrone Power, Loretta Young y Annabella.
El signo del zorro, por Tyrone Power.
Tu vida mi marido, por E. Heintz y Jack Payne.
El hijo de la vida, por Lucille Howard.
El caso de Andalus, por Angellina.
El hijo de Montecarlo, por Louis Hayward, Joan Bennett y George Sanders.
¿Qué voy a hacer en mi vida?, por Walter Pidgeon.
El hijo del gangster, por Jackie Cooper.
La jungla en armas, por Gary Cooper.
Cuando se despierta, por M. O'Brien y Laurence Olivier.
El capitán Capote, por Victor Mature.
Enamorado tuyo, por David Niven y Lucette Young.
Amorosa la elegida, por Charles Laughton.
El algar de la vida, por Niles Martin, I. Lupino.
Tarzan y la vida, por Herman Bragg.
Hay un millón de amor, por Victor Mature y Calisto Tanzi.
Milón de la vida, por Tyrone Power, Gene Tierney y George Sanders.
La vida de Carlos, por Jack Bruce.
Señoras de la vida, por Hansson, off, Kay Francis.
Texas, por W. H. Hines, Claire Trevor.
Un hombre invernal, por Maury Douglas, Joan Bonnell.
Sombras de Nueva York, por Louis Hayward.
El hombre que vendió su alma, por Herman Hunkin y James Cagney.

SERIE "PRODUCCION ESPANOLA"

La hermana San Sulpicio, por Imperia Argentina.
La hija de Juan Simón, por Angellina, Pilar Muñoz y Carmen Amaya.
La Delfina, por Conchita Piquer.
Santa Noche, por Rafael Dieste, Juan de Luna y Mimi Muñoz.
El 11.000, por Joaquin Herrán y Rafael Durán.
Fajardo a bordo, por Lina Vagros.
Elmadrilla, por Alfredo Mayo.
Su amor y él, por Antonio Vico y Enrique Guitart.
Torres, por Imperia Argentina.
Narciso, por Alfredo Mayo.
Pimentón, por Joaquin Herrán y Rafael Durán.
La doña de la Daga, por Carmen Gracia y Luis Peña.
Una pareja de mujer, por Lina Vagros y F. Fernández de Córdoba.
Los millones de Polichinela, por Marta Hantecio.
La Mami Luna y Lola Peña.
Turbulencia, por Estrellita Castro.
Siempre a la vida, por María José Simó, Luis Prados y Michel.
Legión de brujas, por Emilio Sandoval, Matilde Nacher y Rosita Alba.
Porque se ve besar, por Pastora Peña y Luis Peña.
Flore y Mariana, por Blanca de Elio y Pastora Peña.
El amor, por Ana Mariscal y Enrique Guitart.
Siempre mujeres, por Ana Mariscal y Enrique Guitart.
Se ha perdido un castor, por Roberto Font.

La vida está loca, por Justa Harada y Ismael Marín.
 Mi vida es un sueño, por Isabel de Pomés y Julia Prión.
 Delicadamente romas, por Amparito Rivellón y Alfredo Mayo.
 Un asesino famoso, por Amparito Rivellón y Alfredo Mayo.
 Cárpatos, por Lucy Soto y Carlos Muñoz.
 El nombre de los músicos, por Freyre de Andrade.

Arribada torrona, por Alfredo Mayo y Sylvia Morgan.
 El silencio del amor, por Alicia Riquay y Jacinto Quintana.
 Con los ojos del alma, por Matilde Vázquez, F. Fernández de Córdoba y Manuel Lora.
 Ella, él y sus millores, por Justa Harada y Rafael Durán.
 Macarena, por Ismael Reina y Niguel Ligeró.
 El fantasma y Doña Juana, por Antonio Casal y Mary Delgado.

TITULOS EN EXISTENCIA:

Cancionero Regional, 250 canciones regionales de gran éxito, 16 fotografías.

Cancionero al día, 100 canciones modernas, 32 fotografías y biografías.

Cancionero de hoy, 120 canciones y 33 fotografías y biografías.

Cancionero de los éxitos, 150 canciones de gran éxito, Jazz-Hot, Argentinas, Melodías, Cubanas, «Yolas», «La Cienfuegos del Paloteo».

Cancionero del momento, 128 canciones de Jazz, Hot y Melodías, 25 fotos exclusivas.

Cancionero Flamenco, Repertorio, autores e intérpretes del día, 34 fotografías.

Cancionero «Fecia y Alegrías», La creación más alta de Juanito Valderrama.

Cancionero de los Triunfos Regionales, Los éxitos del día.

Cancionero Juvenil, (Experiencia Lady Love).

Cancionero «Donatillo Hasla», Sus triunfales canciones.

Precio: 2'50 ptas.

Cancionero Roberto Font, Las canciones máximas de este gran artista. Biografía Anécdotas. Sus mejores chistes. Fotos exclusivas.

Precio: 3'00 ptas.

Emociones cinematográficas de un gigante (la vida de los cineastas en los estudios, alegrías y sinsabores de los actores; los secretos del cine). 3'00 pesetas.

Ráfagas de humor, por Fideño Trimecián, 5'00 ptas. (Lectura hilarante. Optimista, Agradable).

Recortes de Prensas, por Antonio Lasada, 2'50 ptas. Los hechos mundiales más notables al día.

El hijo de Madame Butterfly, comedia de Enrique Gasanova y Francisco-María Higuera.

Precio: 2'50 ptas.

ORTEGA, MANOLETE y ARBUZA, por Juan José Muñozcosas (fotografías) — 2 ptas.

GRAN EXITO

CANCIONERO
EXITOS DEL DIA

200 canciones del momento

Numerosas fotografías

Precio: 2'50 ptas.

Acontecimiento editorial en las
selectas EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

Guadalcanal

Maravillosa película. Sorprendente y espectacular relato de
la conquista de la famosa isla

Precio: 250 ptas.

EDICIONES BISTAGNE

publica siempre
las mejores novelas
cinematográficas

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - Barcelona





Cubierta, Imp. M. FELICER

Murcia, 111-Teléfono 76132

6